BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

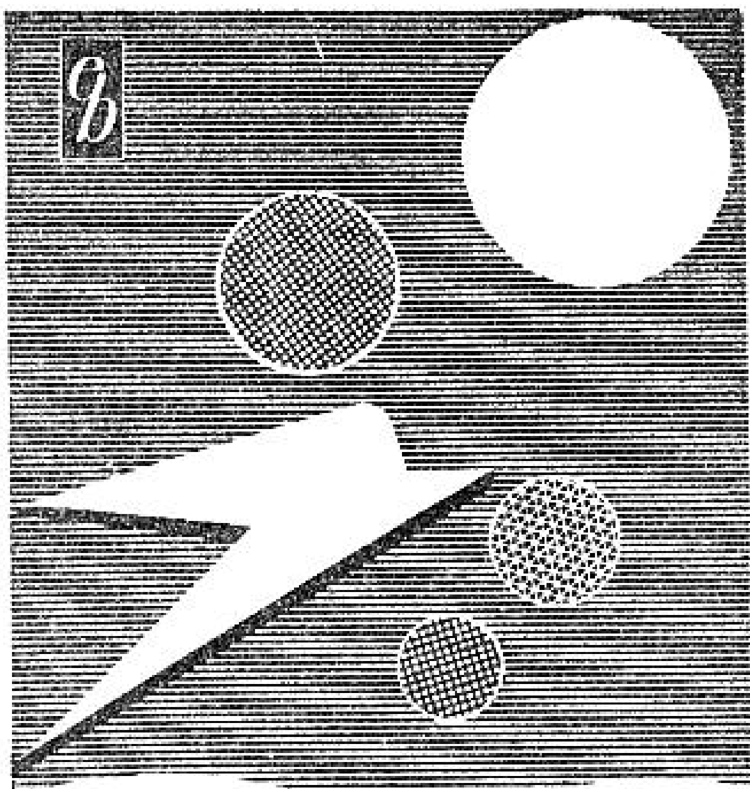
EL MALDITO Y PODRIDO PLANETA

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION







LA CONQUISTA DEL ESPACIO

RALPH BARBY

EL MALDITO Y PODRIDO PLANETA

Colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 259 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA ■ BOGOTA • BUENOS AIRES • CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

254 — Especial espacio, 12,30, *Marcus Sidereo.*
255 — El nuevo Edén, *Clark Carrados.*
256 —Los dioses lloran sangre, *Curtis Garland.*
257 — Perispíritu, *Adam Surray.*
258 — Fuente de vida y muerte, *Glenn Parrish.*

ISBN
84-02-02525-0
Depósito legal: B. 20.354 - 1975
Impreso en España - Printed in Spain
1.a edición: julio, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela» así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier seme- lanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será «imple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona

•

1975

CAPITULO PRIMERO

El laboratorio espacial de estudios biónicos, que llevaba a cabo sus estudios en la ingravidez, a unos cuantos cientos de millas del planeta Tierra, cuya redondez observaban con curiosidad, por distracción y quizá con aburrimiento cuando se desnudaba de los bancos de nubes que la cubrían, giraba monótonamente en derredor de la madre Tierra a la que estaban unidos por invisibles cordones umbilicales, que si no les pasaban sangre para seguir manteniendo sus cuerpos, sí les transmitían sensaciones de vida, de espíritu. No estaban solos, perdidos en el espacio.

Dentro del laboratorio de interés asociativo, pues en él participaban personas de los dos bloques socio- políticos en que se hallaba dividida la Tierra, sonaba constantemente música variada, pues se había demostrado que continuas charlas, escuchar música y atender a programas de tri-televisión en horas de ocio, apartaba las alucinaciones, las pesadillas de los sueños, mal que padecían los astronautas, pero en especial los que se hallaban en misiones en solitario.

El LEEB-5 englobaba a un equipo de cinco miembros, cuatro de ellos científicos y el quinto era el ingeniero militar que cuidaba de la nave, de su mantenimiento y control, para conservar o cambiar las órbitas según convenía, lo cual se hacía mediante unos retro-cohetes atómicos que poseía el laboratorio espacial.

Aquel laboratorio, ensamblado en el espacio, carecía de aerodinámica, por lo que debía de mantenerse siempre alejado de la atmósfera terrestre. De entrar en ella, no podría soportar el roce del aire a gran velocidad y se destrozaría primero y desintegraría después.

Aquella nave espacial tenía la forma de una gran rueda tubular con cuatro radios cilíndricos que convergían en el centro del laboratorio, donde estaba el puente de mando y la pila atómica que les proveía de la energía necesaria.

En uno de los radios se hallaba la pequeña pista de contactación, adonde arribaban las naves de suministros o los relevos de equipo humano.

Luego, las naves pasaban al hangar, ya recogido el aire por los compresores, aquella atmósfera vital. Se volvían a cerrar herméticamente al hangar la atmósfera precisa.

Más tarde los astronautas, con las botas de compensación gravitatoria, abandonaban sus naves y se internaban en el amplio laboratorio que orbitaba incansable alrededor del viejo y maltratado

planeta Tierra.

Alejo Cordiev miró el perfecto reloj electrónico. Bajo una ventanilla por la que asomaban unos guarismos que habían comenzado a funcionar en el instante mismo en que él subiera a bordo, había otra casillas de numeraciones que controlaban el tiempo.

Pero a Alejo Cordiev, comandante del laboratorio espacial de estudios biónicos número 5, le interesaba la primera ventanilla: Era la que correspondía al equipo al que él pertenecía, en realidad podía tomarlo como un control personal.

Ciento una horas de permanencia en este laboratorio espacial y ochenta que se marcharon los miembros del equipo relevado...

Los científicos de a bordo, dos hombres y dos mujeres, parecían buenos compañeros. Ellos realizaban su labor de investigación siguiendo los trabajos iniciados por el equipo

anterior, además de realizar experiencias personales.

El comandante Alejo Cordiev llevaba el control del laboratorio espacial. Había hecho algunas correcciones orbitales y revisado todo el sistema de mantenimiento; incluso había probado la eficacia de los retro-cohetes y la energía que podía dar de sí la pila atómica, por si se habían producido fugas.

Todo estaba perfecto, todo funcionaba con la máxima fiabilidad.

Aquel laboratorio, construido en la Tierra y ensamblado en el espacio, a costa de unas docenas de viajes de poderosos cohetes cargueros, había sido un magnífico trabajo en colaboración entre el bloque oriental y el occidental.

El manejo de una nave como aquella no tenía problemas para Alejo Cordiev, experto en astronáutica de combate.

Según sus superiores, para él era un honor ocupar aquel puesto por cien días; luego regresaría a su escuadrilla espacial de combate. Sin embargo, a Cordiev aquella misión no le gustaba en absoluto.

La veía demasiado pacífica, rutinaria y aburrida.

Otro jefe de escuadrilla de combate espacial le había transmitido un rumor muy en secreto. Aquel rumor hablaba del aumento de tensión político-militar entre los dos bloques antagónicos que se repartían la tierra, una tensión encubierta por las colaboraciones científicas y culturales como la de los laboratorios espaciales.

La Humanidad vivía tranquila al amparo de montañas de tratados en los que se hablaba de pactos de paz y desarme, pero el comandante Alejo Cordiev, como muchos otros de su profesión militarista, sabían bien que llegada una hora crucial, todas aquellas montañas de legajos no servían absolutamente para nada, excepto para pedir cuenta al perdedor y acusar de criminales de guerra a los miembros militares o de policía del ejército derrotado, ya que la historia demostraba que entre los victoriosos jamás había criminales de guerra, no porque no los hubiera, simplemente que la diferencia entre vencedores y vencidos consistía básicamente en que los primeros recibían medallas y cargos importantes y los vencidos, sentencias severísimas.

Había estado siguiendo con atención las noticias por radio y tri-televisión por si captaba algo anormal, algo que diera pie a aquel rumor que le habían comunicado en voz baja y muy en secreto.

Sin embargo, todo parecía normal: música, cine, intercambio cultural en los programas mundiales. Nada predecía

una guerra apocalíptica.

Recordó la historia, el bombardeo de los japoneses a Pearl Harbor el día 7 de diciembre de 1941. Había habido una gran destrucción en la Navy, pero había logrado, rehacerse e incluso ganar la contienda del Pacífico, más ahora sería muy distinto.

El armamento era demasiado poderoso pese a estar camuflado pues, oficialmente, el mundo se había desarmado nuclearmente, lo cual no era cierto y los altos oficiales militares y políticos de ambos bloques lo sabían.

Sólo se había conseguido engañar a la opinión pública mundial, aunque los escépticos no terminaban de creerse que se hubiera desarmado todas las bombas nucleares y su materia prima se hubiera utilizado para la Ciencia.

Cordiev contemplaba casi con aburrimiento los últimos boletines, de los que seleccionaban noticias para luego pasarlas a quienes, como él, constituían el equipo de

astronautas.

De súbito, se encendió un piloto rojo con intermitencia. Accionó un conmutador y habló:

—Aquí laboratorio espacial de estudios biónicos, comandante Alejo Cordiev al habla, identifiqúese.

—Aquí el mayor Hut Zardall. Tengo una fuga en el sistema térmico de mi nave y necesito ayuda. Solicito me den paso a la pista de contactación del laboratorio.

—Mayor Zardall, ésta no es una nave para averías en el espacio.

—'Lo sé, pero se trata de una emergencia. Creo que yo mismo podré solventar la avería en el hangar, sólo les molestaré unas horas, Pueden dar el repórter a sus superiores.

—Lo daremos —admitió Cordiev, aunque de mala gana—. ¿Precisa datos para entrar en la pista de contactación?

—No, ya tengo los sensores de mi nave trabajando, no tendré problemas.

—¿Cree que puede haber peligro para la seguridad del laboratorio con su nave que, si no me equivoco, es una “Interplanet” de combate, tipo Occi 5115?

—Así es, comandante Cordiev, debe usted de conocer bien mi nave. Sé que pertenece a las fuerzas astronáuticas de combate del bloque oriental.

De hallarse conectadas las pantallas visoras, el mayor Hut Zardall habría podido ver una sonrisa de suficiencia en el rostro duro, algo marfileño, de espesas cejas negras y cabello escaso y lacio del comandante Alejo Cordiev, un hombre elástico y que transpiraba fortaleza física e inteligencia.

Mas, idénticas cualidades irradiaba el mayor Hut Zardall, sólo que el mentón de éste era más duro y sus ojos algo más redondeados, menos almendrados.

Sus cejas, muy pobladas, tenían un color rubio claro, lo mismo que su abundante cabello, ahora oculto bajo el casco reglamentario.

Tras intercambiar las últimas palabras los dos hombres entrenados, preparados concienzudamente para la lucha en el espacio, el comandante Alejo Cordiev pulsó un botón de alarma preventiva.

Se dejó oír una chicharra al tiempo que unas luces anaranjadas se encendían con intermitencia en toda la nave circular, que semejaba una gran rueda suspendida en el espacio, como

escapada de un carro mítico interestelar de algún dios olímpico.

Tras un minuto de alarma, Cordiev habló frente al micrófono para que su voz se pudiera oír en cualquier punto del laboratorio biónico.

—Atención, atención, habla el comandante Cordiev. Una nave en dificultades va a contactar con nosotros, es un caso de emergencia. Me ha sido comunicado que no hay peligro, sólo se trata de una avería técnica que el propio mayor Zardall intentará componer. Según la Carta de Brasilia, debe de prestarse ayuda a cualquier astronauta que se halle en el espacio y en peligro, aunque sea un astronauta miliciano.

Cortó. Sabía que habrían algunos comentarios poco favorables para él. Aquellas últimas palabras se las podía haber ahorrado, ya que él, aunque estuviera en misión científica y en colaboración con los occidentales, también era un astronauta militar.

El comandante Alejo Cordiev sentía una antipatía natural hacia los hombres de occidente, y mucho más hacia su sistema socioeconómico.

Quizá aquel antagonismo no fue natural sino adquirido en la misma infancia, desde que

se habían radicalizado las diferencias entre los dos bloques, repartiéndose prácticamente la Tierra en dos tras el brote bélico que en el año dos mil dos estuvo a punto de suponer la tercera guerra mundial.

Se había llegado a la conclusión de que una guerra total entre los dos bloques
significaría la aniquilación total de vida en la Tierra, y aquella situación, paradójicamente, no había logrado una mayor unión entre ambos bloques, sino un establecimiento más duro y drástico de barreras y fronteras.

No obstante, para calmar la opinión mundial, habían realizado aquellos pactos y contrapactos y las diversas colaboraciones.

Cordiev estaba harto de oír hablar de ellas y suponía que al americano que llegaba en su nave de combate espacial le ocurriría otro tanto.

Puso en marcha el sistema de descompresión acelerada del hangar.

Poco después aparecía en pantalla la nave de combate del mayor Hut Zardall, que no tardó en posarse matemáticamente sobre la pista de contactación, enfilando la compuerta de entrada con el morro de su nave aerodinámica, pues tenía la facultad de introducirse en !as atmósferas planetarias para terminar aterrizando en una pista convencional, tanto si deseaba hacerlo en horizontal o vertical.

La nave "Interplanet” pasó al hangar. Se acercaron las dobles puertas y el mayor Hut
Zardall aguardó dentro de su nave a que los sensores le advirtieran que ya estaba restaurada la atmósfera artificial.

Se encendieron unos pilotos verdes y Zardall bajó de aquella nave que no era un secreto para nadie, pues las naves de combate espacial que poseían en el bloque oriental eran parejas y nada tenían que envidiarse las unas a las otras.

A su encuentro salió el equipo completo: el comandante Alejo Cordiev y los cuatro científicos, dos hombres y dos mujeres, todos ellos doctores en las ramas de Biología, Bionicología, Medicina y Química.

La elevada estatura del americano se hizo patente frente a ellos y al quitarse el casco, una de las doctoras, la americana Mia Stevens, fue hacia él con los brazos tendidos y una mirada alegre.

—¡Hut!

—Hola, Mia. ¿Qué haces aquí, dando vueltas en el espacio?

—Ya ves, estoy como doctora en Biología.

Hut Zardall sintió sobre sí la mirada intensa de unos ojos grandes y muy expresivos. Eran los ojos de la otra mujer que

formaba parte del equipo científico.

Mia Stevens era espigada, rubia, algo pecosa. La otra fémina era delgada, pero de líneas curvas bien definidas, cabello negro, espeso y brillante. Su cutis era blanco, muy terso y sus pupilas resultaban negras, insondables.

—Usted debe de ser el comandante de a bordo, ¿verdad?

Alejo Cordiev se adelantó. Tenía el ceño fruncido. Le molestó la efusión de Mia Stevens y también el vivo interés que evidenciaban los ojos de Oriana Mayevna.

—Sí, soy yo, creo que me ha comunicado que su nave tiene una fuga térmica.

—Sí, es muy fuerte, no hubiera podido entrar en la atmósfera. La verdad es que deberían de poner en órbita un hangar para averías y remiendos.

—¿Cuánto tiempo cree que tardará en su reparación?

—Comandante, tal parece que no quiere verme mucho tiempo en este laboratorio. Mia, molesta, se volvió hacia el comandante de la nave.

—Cordiev, creo que su actitud no es precisamente cordial ni amable.

-—Doctora Stevens, esto es un laboratorio científico- civil. Aquí trabajamos en colaboración y no es bueno que tengamos a bordo una nave de combate, con dos cohetes supernucleares prestos a ser disparados.

—¿Cohetes con cargas supernucleares? —repitió Oriana Mayevna perpleja—. Creí que estaban desarmadas todas las bombas nucleares, fueran del país que fuesen.

—Pues esa nave lleva dos y sólo -una de ellas podría destruir en el acto cien laboratorios como éste. No quiero siquiera imaginar qué podría ocurrir si una de ellas estallara por error.

Uno de los doctores, Charles Devoir, doctor en Medicina, estiró ligeramente su barba antes de preguntar:

—¿Es cierto lo que ha dicho el comandante Cordiev?

—El comandante Cordiev sabe muy bien que las naves parejas, que él mismo habrá pilotado, están armadas como la “Interplanet”. No puedo decir más al respecto.

El comandante Cordiev, pensando que sería inoportuno seguir poniendo objeciones, pues el mayor Zardall podía hablar en exceso, dijo:

—Vamos al puente. Comunicaremos a la Tierra la llegada al laboratorio del mayor Zardall.

—Sí, y podremos ofrecerle una copa de bienvenida.

—Creo que los militares no tomamos licor cuando estamos de servicio, doctora Stevens —objetó Alejo Cordiev.

El doctor Devoir intervino conciliador.

—El mayor Zardall tendrá un descanso antes de disponerse a reparar la avería de su nave, y en ese período de tiempo puede tomar algo de bebida. No creo que eso lo prohíban los reglamentos.

—Ya lo oye, comandante, el doctor me recomienda una copa. Vayamos al puente. Por cierto, ¿usted también es doctora? —preguntó encarándose con Oriana Mayevna.

Mia Stevens tuvo que hacer un ligero esfuerzo para seguir sonriendo. La atención del hombre hacia su compañera no acabó de gustarle, pero aún le gustó menos al comandante Cordiev, cuyas negras cejas se juntaron. Y visto de lejos, cada arco semejaba el ala de un ave de presa y el entrecejo, el cuerpo del supuesto pájaro.

—Soy doctora en Química —aclaró con seguridad, aunque algo

fría y cortante.

—Entonces, creo que es la persona ideal para preparar la bebida. Nadie como usted sabrá hacer las mezclas adecuadas.

Abandonaron la nave “Interplanet” en el hangar y se fueron hacia el puente por el interior de uno de los radios cilíndricos que unían la gran rueda espacial con el centro de la misma.

La doctora Mayevna preparó bebidas.

Se disponían a beber cuando se encendió un rosario de pilotos rojos. Todos miraron hacia la gran ventana panorámica a través de la cual se divisaba la Tierra y Mia gritó:

—¡Miren!

Todos quedaron como petrificados. Lo que estaban viendo era, ni más ni menos, que

un hongo atómico, la seta nuclear con su gran llama lumínica y sobre la misma, los gases en combustión.

—¿Habrá sido un accidente? —se preguntó el mayor Hut Zardall frunciendo el ceño con preocupación.

—¡Otra! —gritó Mia Stevens, más expresiva que Oriana Mayevna. El doctor Bertini, sombrío, muy grave, sentenció:

—Es una guerra nuclear, el apocalipsis atómico que desde hace décadas veníamos temiendo, desde que Robert Oppenheimer hizo estallar en Alamo Gordo la primera bomba atómica, una insignificancia comparada con las que están estallando ahora en la Tierra.

—¿No decían que todas las armas nucleares estaban desguazadas? —se preguntó en voz alta el doctor Devoir.

Cordiev se volvió hacia Zardall. Estaba pesimista, pero al mismo tiempo, sus músculos se habían tensado. Estaba como preparado para la lucha y otro tanto sucedía con Zardall.

—La Tierra comienza a fundirse a millones de grados. Será difícil saber desde aquí arriba quien lleva las de ganar, pero, ¿se ha dado cuenta, mayor, de que estamos en guerra?

Hut Zardall dio una rápida ojeada.

La Tierra comenzaba a quedar cubierta por hongos atómicos que aparecían por todas partes, multiplicándose, arrasando ciudades, regiones enteras, haciendo hervir las aguas de !os océanos, fundiendo las arenas de los desiertos...

—Esto era de temer, tal como estaban las cosas cualquier estúpido incidente podía desencadenar lo que está sucediendo. Puede ser el fin del planeta, de nuestra civilización y nosotros quedaremos suspendidos, colgados aquí arriba en el espacio.

—¿Para siempre? — preguntó Mia Stevens.

—Si siguen explotando bombas nucleares, en mucho tiempo no se podrá bajar. Hasta es posible que tenga lugar una reacción en cadena y nosotros desaparezcamos también —masculló Cordiev pesimista.

—No creo que sirva de nada pelear entre nosotros, comandante Cordiev —opinó Hut Zardall, consecuente.

Cordiev tuvo una vacilación y volvió a mirar hacia la Tierra a través de la ventana que tenía el laboratorio espacial.

Era imposible saber quién estaba ganando en aquella brutal y apocalíptica guerra, desencadenada súbitamente y que no tardaría en finalizar, posiblemente con el exterminio de toda la vida sobre el planeta.

—Los que aquí estamos somos representantes de los dos

bloques en guerra,, pero ninguno de nosotros puede decidir nada —intervino Oriana sensatamente—. Sería tonto que peleáramos aquí hasta aniquilarnos los unos a los otros. Lo que haya de ocurrir, me temo que ya está sucediendo, hasta es posible que algún proyectil nuclear venga dirigido hacia nosotros para desintegrarnos.

Devoir, filosófico, sugirió:

—Les propongo un brindis por la paz y después, guardaremos un minuto de silencio por la muerte de nuestra madre la Tierra.

Tomaron sus respectivas copas y una botella de champaña fue descorchada.

Alzaron las copas con su burbujeante contenido, bebieron y guardaron un minuto de silencio cuando, de pronto, Mia Stevens lanzó un angustiado grito:

—¡Nos desintegramos, nos desintegramos!

Se miraron los unos a los otros y, en efecto, a partir de los pies, todos ellos se estaban convirtiendo en energía, una energía brillante que hacía desaparecer sus cuerpos a medida que ascendía.

—Que Dios nos perdone a todos por lo que hemos llegado a hacer —musitó el doctor Devoir.

Nada podían hacer contra aquello que les sucedía.

Dentro del propio laboratorio de investigaciones se estaban convirtiendo en energía pura hasta que dejaron de verse, hasta que sus rostros también desaparecieron.

Ya no era nada, nada quedó de ellos...

Y un extraño silencio invadió la nave que seguía orbitando un planeta que se fundía ante la energía desencadenada por la ingeniería bélica inventada por un ser que se había dado en llamar *Homo Sapiens.*

CAPITULO
II

Los seis, colocados en círculo, se miraban los unos a los otros sin dar crédito a lo que estaba sucediéndoles.

Sus cuerpos, que debían de estar desintegrados, convertidos en energía que podía disolverse en la inmensidad del éter espacial, estaban allí y no era un sueño.

Vivían y sus figuras, todavía luminosas, brillantes en parte, poco a poco iban dejando de serlo para recuperar su estructura física y química normal. Volvían a ser los que fueran. Era como una especie de resurrección.

Oriana Mayevna fue la primera en hablar.

—¿Qué nos ha sucedido? —inquirió.

—¿Estaremos soñando? —se preguntó a su vez Mia Stevens.

—¿Nos habremos traspuesto? —interrogó el doctor Bertini.

—Algo nos ha sucedido y tenemos que averiguarlo —dijo Cordiev —. Yo no tengo la impresión de haber recibido daño físico alguno.

—Haré un chequeo médico a bordo para ver lo que nos ha ocurrido —propuso el doctor Charles Devoir.

—Aguarden... Lo que nos ha sucedido es algo muy importante. Parece que nos hemos trasladado de lugar durante nuestro estado de desintegración o como queramos llamarle.

—¿Qué tratas de decir, Hut? —inquirió Mia.

Todos observaron entonces a su alrededor y comprendieron lo que había querido decir Hut Zardall.

Nadie reconocía el lugar donde se hallaban, que era una amplia estancia débilmente iluminada con una luz que era difícil averiguar de dónde procedía, pues semejaba brotar de cada pulgada de la superficie de las paredes y techo.

Allí había varios paneles que se encendían y apagaban, controles desconocidos para ellos, un gran reloj y una amplia ventana por la que se divisaba como una lluvia de estrellas que se les venía encima. El planeta Tierra no estaba a la vista.

—Esto no es el laboratorio espacial de estudios biónicos —sentenció Alejo Cordiev con voz ronca.

—Entonces, ¿qué es esto, dónde estamos? —interrogó Oriana.

—Me temo que hemos viajado convertidos en energía —opinó Hut Zardall. Bertini, eminente doctor en Bionicología y Física, se apresuró a protestar.

—Eso no es posible. Nuestra civilización no ha conseguido todavía ese avance práctico. Es cierto que en estudios teóricos se

ha llegado a la conclusión de que se puede transformar al hombre en energía o en moléculas de colocación lineal para viajar a velocidades inaccesibles, pero a la práctica no se ha llevado este sistema. Eso sólo se ha visto en filmes fantásticos de ciencia ficción o en novelas de ese tipo, pero nada científico, no puede ser.

—¿Por qué no puede ser, doctor Bertini? —interrogó Hut Zardall—. ¿Es que acaso sabemos si esto que nos ha ocurrido lo debemos a la ciencia del hombre terrestre? ¿No puede ser posible que haya intervenido en todo esto alguien que no sea de nuestra civilización?

—¿Seres extraterrestres? —-preguntó el doctor Devoir sin disimular su escepticismo. Cordiev dio la espalda a la ventana panorámica y dijo:

—Siempre se ha hablado de OVNIS, de extraterrestres, pero jamás se ha establecido contacto con ninguno de ellos en forma fiable. Ya sé que hay mucha gente que cuenta sucesos más o menos inexplicables, pero que no merecen ningún crédito oficial.

—Yo opino como Hut Zardall —dijo Mia Stevens—. En estos paneles hay extraños signos que, por lo menos yo, no reconozco.

Todos escrutaron aquellos signos gráficos y llegaron a la conclusión de que resultaban totalmente indescifrables para ellos.

—-Jamás he visto nada igual y soy aficionado a la criptografía —opinó el doctor Bertini.

—Entonces, ¿quién nos ha traído aquí? ¿En manos de quién estamos? La pregunta de Alejo Cordiev no obtuvo respuesta por el momento.

Mia Stevens señaló el reloj.

—¡Fíjense! ¡Ese reloj está loco, loco, corre como un demonio!

En efecto, las manecillas del reloj giraban tan rápidamente que las horas semejaban minutos. De pronto, el reloj se detuvo.

—Ha terminado estropeándose —dijo con un suspiro el doctor Devoir. Oriana Mayevna, señalando el reloj de nuevo, gritó:

—¡Vuelve a ponerse en marcha!

—Pero al revés —apuntó Bertini sin apartar sus ojos de la esfera iluminada.

Las saetas giraban y giraban vertiginosas en dirección contraria a la normal. Era como si el reloj quisiera recuperar todo el tiempo que ya había avanzado.

—Está hecho un cacharro —opinó Mia Stevens.

—No, no está hecho un cacharro —dedujo Hut Zardall, pensativo.

—¿Qué significado le ve a ese reloj, Zardall? A la pregunta de Cordiev, Zardall opinó:

—Puede que ese reloj nos esté diciendo que hemos penetrado en una especie de cuarta dimensión. Que el tiempo, tal como lo entendemos, ha dejado de tener sentido.

—¿Qué quiere decir?

—¿Quiere decir que nos hallamos en una zona intemporal, que lo mismo vamos hacia atrás que hacia delante?

A la pregunta del físico Bertini, Hut Zardall, repuso:

—No puedo decirles nada, porque no lo sé, pero podemos hacer

una prueba.

—¿Qué prueba? —preguntó Cordiev, receloso.

—Veamos qué se puede hacer... Si estamos aquí será porque algo o alguien así lo ha deseado, sin contar con nosotros para nada.

—Partiendo de ese punto, lo mejor sería preguntar a quien nos ha traído aquí cuál es su propósito.

—'Exacto, Oriana, es lo que pienso. Hay que preguntarle a él para que nos responda, si es que desea hacerlo, Si el ser o seres que nos han desintegrado, convirtiéndonos en energía, hubieran deseado aniquilarnos, habrían podido hacerlo sin ninguna dificultad.

—A lo mejor se presenta de un momento a otro para visitarnos —

opinó Mia Stevens.

—Esperemos que su aspecto sea humanoide y no sintamos aversión hacia él —suspiró el médico, doctor Devoir.

—Por favor, hagamos ion intento. Permanezcamos callados mientras yo trato de comunicarme con él.

Guardaron silencio, escrutando las paredes frías, metálicas[1]. Al parecer, allí no había nada vivo,

—Sea quien fueres, tú que nos has sacado del laboratorio en que nos hallábamos, creemos que para librarnos de la muerte nuclear, date a conocer y háblanos de tus propósitos respecto a nosotros.

Permanecieron en silencio, aguardando una respuesta. Al fin, se escuchó una voz que les hizo estremecer.

Era una voz extraña, ronca, alargada en sus tonos, voz que hablaba lentamente y no parecía provenir de ningún lugar en especial. Estaba en todas partes, como si fuera el mismísimo aire. Aquella voz se dirigió a ellos.

—Terrícolas, habitantes del planeta Tres Sol, habéis caído en la locura de destruir vuestro hábitat hasta la totalidad. Habéis elaborado científicamente vuestra muerte y habéis sido vuestros propios verdugos. Habéis cometido el peor delito que pueda, cometer mía civilización de seres evolucionados e inteligentes, y tal acción merece un castigo.

—¿Acaso es Dios? —se estremeció Mia Stevens.

—No soy el Dios Todopoderoso de vuestras religiones, sólo soy un vigilante de las especies evolucionadas de los planetas con vida. Tengo la misión de conservar la vida terrícola.

—¿Debemos deducir de todo esto que nos has rescatado dé la muerte nuclear? —preguntó Hut Zardall.

—Así es. Habéis sido salvados del demencial exterminio y como seres inteligentes que sois, tenéis derecho a la evolución completa, para que cuando alcancéis la inteligencia culta superior, podáis pertenecer a la Federación de las Galaxias Unidas, de la que soy un vigilante.

—De modo que somos los únicos supervivientes —siseó Cordiev.

—Sí.

—¿Los elegidos? — preguntó Oriana Mayevna.

—No —repuso aquella voz que les empequeñecía, que les estremecía, dándoles la sensación de pertenecer a un ser muy superior.

—Si no somos los elegidos, ¿qué ocurre con nosotros ahora?

A la pregunta de Hut Zardall, la voz del comandante de aquella nave en que se hallaban respondió mientras ellos miraban a un lado y a otro, tratando de descubrir al ser que les hablaba, sin

conseguirlo.

—Estáis siendo trasladados al banco de los planetas orgánicos.

—¿Eso del banco de los planetas orgánicos es un lugar habitable para nosotros, es decir, semejante a la Tierra?

—Según vuestra mentalidad y creencias, para que alcance a vuestra comprensión, os diré que es una especie de purgatorio del que no saldrán todos los que lleguen ni llegarán todos los que saldrán.

—¿Eso es un juego de palabras al que hay que buscarle solución?

—preguntó Hut

Zardall.

La voz pareció no desear aclarar la pregunta de Hut Zardall y entonces comenzó a decir:

—Estáis viajando a través de ¡as estrellas y de las galaxias, roto vuestro sentido del tiempo y el espacio, a la velocidad de la energía proneutrónica que todavía, en vuestra evolución terrícola, desconocéis y que deja insignificante a la velocidad de la luz, como una de vuestras naves interplanetarias dejaría atrás a la primitiva carreta de tracción a sangre. Viajáis perforando la materia, pues aunque os veáis corpóreos, en estos momen- tos que no son los pasados ni los que llegan, sólo sois energía proneutrónica. Y en las simas del espacio infinito, cuya existencia el terrícola nunca ha llegado a imaginar, os aguarda el banco de planetas orgánicos, refugio de las especies evolucionadas que han querido autodestruirse o simplemente adonde son llevados los seres inteligentes castigados. Allí viviréis, moriréis y superviviréis. Y cuando el consejo de la Federación de Galaxias lo decida, vuestro Planeta Azul recobrará la vida inteligente que ha perdido y proseguirá su evolución natural.

—Quien quiera que seas, cancerbero del espacio, no entendemos tus palabras. Nos hablas de muerte y de supervivencia, de los que somos y los que no estamos, de condena y de regreso. ¿Puedes ser más explícito?

—Cuando la mente de un ser inteligente y evolutivo se excita, a una pregunta sigue otra y así sucesivamente para caer en el caos de lo incomprensible. No os puedo responder a todo lo que me preguntéis. Yo sólo salvo la supervivencia de la especie inteligente terrícola. Ahora, seguid viajando a través de los espacios y del tiempo. No hay obstáculo frente a vosotros que os pueda detener.

—¿No chocaremos contra ningún astro? —preguntó Cordiev receloso ante la velocidad con que les habían comunicado estaban viajando.

—No podéis sufrir un choque como vosotros lo entendéis. Mirad hacia la ventana que tenéis para que vuestros ojos vean.

Ante ellos descubrieron un enorme astro que semejaba una estrella en declive. Tenía un color rojo fuerte, más no emitía luz blanca.

—¡Vamos a morir! —gritó Mia Stevens,

—No escaparemos de ésta si no se desvía la nave —gruñó Bertini.

—¿Qué piensa hacer ahora? —inquirió Cordiev.

—¿Vamos a traspasar ese cuerpo sólido?

A la pregunta de Hut Zardall, aquella voz respondió:

—Sí. Lo mismo que un sonido puede traspasar un cuerpo metálico o una luz en cristal, vosotros, en vuestro viaje, traspasáis

cualquier cuerpo que aparezca en vuestro camino.

Todo se tornó rojeante sus ojos. Después, bruscamente, volvió a aparecer el terciopelo negro del espacio.

—Lo hemos conseguido —dijo Zardall roncamente.

—Esto puede ser un truco —opinó el médico, escéptico.

El reloj seguía girando alocadamente y cambiando la dirección de sus saetas, dándoles a entender que el tiempo continuaba sin sentido para ellos.

Eran incapaces de comprender lo que les estaba sucediendo; sólo sabían, en su mentalidad concreta y miserable de terrícolas, que su civilización se había entregado a una guerra nuclear que había causado la destrucción total del planeta y que ellos habían

sido salvados para garantizar así la supervivencia de la especie terrícola.

Que había unos seres muy evolucionados que no intervenían en las civilizaciones que vigilaban, pero tenían la misión de evitar la destrucción total.

Ellos, al parecer, recibirían una especie de castigo por lo ocurrido pero ignoraban en qué consistiría tal castigo. No sabían nada de lo que podía sucederles ni en qué forma podrían purgar la apocalipsis a que se había abocado la civilización del *Homo Sapiens,*

Bertini, intrigado ante una especie de mesa en la que había una gruesa piedra del tamaño de una cabeza humana, tina piedra que emitía un brillo áureo, intentó cogerla, y aulló de dolor mientras el brillo luminoso de la piedra aumentaba de forma ostensible.

—¡Apártese, Bertini! —gritó Cordiev.

—¡Me ha quemado, me ha quemado la mano! —gimió mirando su mano ennegrecida, que le dolía horriblemente.

~Santo cielo, es como si hubiera tocado un cable de dos cientos mil voltios, le ha quedado la mano necrótica —se asombró Devoir. temiendo que la mano de su colega cayera al suelo de un instante a otro, hecha pedazos, convertida en simple carbón.

—Puede que esté loco, puede que esté soñando, pero responde a la pregunta que te hago. Tú, el que nos hablas, ¿eres esta piedra que brilla o tienes algo que ver con ella?

—Lo que tú terrícola llamas piedra, soy yo.

Todos se la quedaron mirando horrorizados, atónitos. Era imposible creer que una piedra fuera inteligente y les estuviera hablando.

—Soy energía pura y carezco de un sistema corpóreo como el vuestro, un sistema perecedero que no permanecería a través del espacio y el tiempo.

La piedra fue cambiado de forma. Primero se hizo cúbica, luego ovoide, más tarde esférica... Cuando hablaba, su brillo aumentaba, para disminuir en los silencios.

—Es difícil creer que tú, el que nos hablas, seas esa especie de piedra brillante.

—No importa cómo se es sino ser. Ahora, doctor Bertini, acerque a mí su mano herida, despacio, muy despacio.

Bertini, con su mano negra, necrótica, dolorosamente muerta, vaciló, tuvo un instante de rechazo.

—¿Para qué he de hacerlo? Ya me he quemado, quizá ahora muera.

—Vamos, doctor Bertini, haga lo que le piden —intervino el mayor Zardall.

—Eso tan extraño, que parece algo vivo, me horroriza.

—Acerque su mano, creo que lo agradecerá.

Con desconfianza, Bertini fue aproximando su mano casi carbonizada, convertida en una garra negra y horripilante.

Al fin, tocó aquella especie de piedra brillante y sintió como una descarga eléctrica a todo lo largo del brazo. Se apartó rápidamente.

—¿Lo ven? ¡Quieren asesinarme!

—No sea estúpido, doctor, su mano ya no está negra, creo que acaban de curarle —

replicó Hut Zardall.

—¡Es verdad, es verdad! —gritó entre emocionado y desconcertado. Devoir se acercó para examinarle la mano y después opinó:

—Parece increíble, pero está completamente bien.

La voz del alienígena, al que les costaba considerar un ser vivo como ellos, dijo

entonces:

—No repetiré lo que acabo de hacer. En adelante, sufriréis pruebas terribles en las que podéis sucumbir. Ya no volveré a ayudaros, eso no es mi misión específica. Sólo debo trasladaros al banco de planetas orgánicos. Tendréis que soportar duras pruebas porque otros seres violentos como vosotros están en idénticas circunstancias. Sois violentos, por ello habéis destruido vuestro planeta, un planeta que ahora está muerto, pero la Tierra, por su órbita, por su sol, por sus peculiares elementos, será de nuevo habitable. Cuando se enfríe y los océanos se calmen, cuanto todo vuelva a ser como era, será poblado con los hijos que tengáis.

—¿Hijos? —repitió Mayevna.

—Vuestros hijos son los seres inocentes que heredarán la Tierra yerma. Ahora, preparaos a entrar en el banco de los planetas orgánicos, preparaos a luchar vosotros que sois luchadores natos, porque todo cuanto os rodeará será hostil Mataréis y seréis muertos, es la ley de la selección de las especie. Si no conseguís reproduciros, los terrícolas habrán desaparecido como un castigo total y sólo seréis un *dossier* cerrado y concluso en los archivos de la Federación de Galaxias. Mas, tenéis la oportunidad de que vuestra especie subsista y para que ello ocurra, deberá prevalecer esta obligación sobre vuestros sentimientos particulares. Ya os he dicho cuanto debía. Yo, vigilante de los terrícolas, no modifico ni hago el destino de vuestra especie. La posibilidad de supervivir está en vuestras manos, en vuestras mezquindades y miserias. Nadie va ayudaros en la lucha por la supervivencia. Ahora, deceleramos.. Mirad hacia la gran ventana del espacio, porque entramos en el banco de los planetas orgánicos, algo ni siquiera imaginado por vuestros astrónomos, pues estaba tan lejos de vuestros telescopios electrónicos que ni siquiera habéis aventurado la posibilidad de que exista algo así en el espacio. Os hallabáis encerrados dentro del pequeño e insignificante sistema solar que en vuestra soberbia llegasteis a suponer inmenso.

Sobrecogidos por cuanto estaban escuchando, se encararon con el mirador.

El terciopelo negro, cuajado de estrellas, había desaparecido, dando paso a una atmósfera azul claro, luminosa, que les hizo pensar que se hallaban dentro de una atmósfera planetaria.

Pronto divisaron enormes masas más o menos esféricas, de algunas de las cuales brotaban prolongaciones pseudopódicas, como miles de patas que pretendían atrapar algo.

—¿Esto que parecen planetas son seres vivos? —preguntó Mia Stevens.

—Así es —respondió la voz—. Hay una atmósfera uniforme para

todos. Usted, que es bióloga, imagínese un recipiente dentro del cual flotaran millares de protozoos unicelulares que viven, se reproducen y mueren. Pues esto que están viendo es como esos protozoos que cultivan en sus laboratorios, pero en tamaños gigantescos, como planetas semejantes a la Tierra. O pudiera ser que ustedes fueran ahora tan pequeños, tan insignificantes, que vieran a un simple protozoo tan grande como un planeta.

—¡No, no, es horrible, no puede ser, me volveré loca, loca! —gimió Mia Stevens, incapaz de aceptar aquellas explicaciones que no podía comprender.

Era demasiado imaginar que ella podía convertirse en un ser tan minúsculo como para ver a un protozoo unicelular, de los que ella había observado tantas veces a través del

microscopio,
como si fueran
planetas.

—Habéis llegado ya a la galaxia del banco de los planetas orgánicos. La primera parte de la misión que se me encomendó ha sido cumplida. Ahora, aguardaré a que vuestra semilla fructifique y la regresaré al planeta al .cual pertenece. Si no tenéis concepción de lo que sois y de vuestra obligación genética de reproduciros, si no sabéis luchar por vuestra supervivencia y desaparecéis, mi misión habrá terminado por completo y me alejaré a través de los espacios infinitos a rendir cuentas al gran consejo de la Federación de Galaxias.

De pronto, como les sucediera en el laboratorio orbital terrestre,

vieron que
comenzaban a desintegrarse lentamente por los pies. Terminaron desapareciendo to- talmente mientras un sentido de angustia y terror les invadía al precipitarse hacia lo desconocido, con el gran agobio de saberse los últimos especímenes de los seres inteligentes y evolucionados de un planeta que gira en derredor de una estrella llamada Sol.

CAPITULO
III

Corpóreos de nuevo, se encontraron de pronto en un lugar desconocido, en un planeta ignorado.

Se miraron entre sí, desconcertados. Fue Hut Zardall el primero en hablar.

—Creo que ese extraño ser hablaba en serio y al fin nos ha colocado en lo que él decía sería nuestro purgatorio.

—Es difícil creer que pueda haber alguien tan superior a nosotros en inteligencia y tecnología.

A la observación de Alejo Cordiev, Oriana Mayevna agregó:

—Puede que hayamos sufrido una pesadilla colectiva.

—En absoluto —sentenció el médico Devoir con su acento galo.

Bertini escrutaba su mano que aparecía ante sus ojos como totalmente normal.

—Creo que pasé unos momentos horribles cuando vi perdida mi mano y mi brazo.

—Fíjense, no hay sol y, sin embargo, hay mucha luz.

A la indicación de Mia Stevens, todos buscaron en el cielo, un cielo azul claro y luminoso, pero que carecía de un sol como ellos conocían en el planeta Tierra.

—Entonces, ¿tenemos que admitir que aquel ser que parecía una piedra está aguardando en alguna parte para sacamos de aquí cuando le venga en gana?

Alejo Cordiev se mostraba impaciente al hablar, no era un hombre que se sometiera fácilmente.

—Era un ser todo espíritu o inteligencia, como un cerebro sin cuerpo —musitó Oriana.

—Me temo que por mucho que nos rompamos los sesos no averiguaremos nada sobre el ser que nos ha traído aquí, siguiendo los reglamentos de una Federación de Galaxias desconocida para nosotros, los habitantes del planeta Tierra.

—Pero, ¿por qué desconocida para nosotros? —interrogó Alejo Cordiev. Zardall le respondió.

—Supongo que porque todavía no hemos alcanzado la mayoría de edad cerebral que ellos exigen para pertenecer a la Federación. Ahora, para ellos debemos de ser algo así como niños díscolos que nos hemos metido en un buen lío y vamos a ser castigados.

—¿Castigados, en qué forma? —preguntó Mia Stevens.

Devoir, con voz ronca y tras dar una ojeada en derredor, opinó:

—Creo que vamos a morir aquí. En el éxodo bíblico de los judíos, tenían que caminar en busca de la tierra prometida, pero Moisés estaba condenado a no verla.

—Sino la vemos nosotros, ¿quién la verá, si somos los únicos que nos hemos salvado? Todos miraron a Oriana Mayevna que acababa de hablar. Zardall, con una sonrisa suave, algo sarcástica, dijo:

—Tenemos que olvidarnos de nosotros mismos. Es necesario que nos aparejemos y reproduzcamos, como en el pasaje bíblico de los judíos, serán nuestros hijos quienes alcancen la tierra prometida, que en este caso será el paraíso perdido que nosotros hemos destruido y que al parecer, cuando se enfríe después de tanta explosión nuclear, volverá a ser un lugar ideal para nuestra vida.

—Ahora entiendo lo que dijo... —comenzó a decir Cordiev—. No saldremos todos los que llegamos y saldrán quienes no llegaron... Supongo que se referirá a unos posibles

hijos que nosotros tengamos.

—Considero que antes de pensar en reproducciones, bodas o similares, deberíamos ver dónde estamos y qué posibilidades hay aquí de subsistencia, pues estamos con lo puesto y desarmados. Es posible que venga frío o lluvias, que haya fieras que nos ataquen. Además, necesitamos comer. Debemos organizamos y luego ya veremos en qué pensamos.

—Si nos organizamos, deberemos de tener un jefe —objetó Cordiev.

—Yo propongo una democracia, minidemocracia, pero democracia al fin y al cabo —dijo Zardall.

—Yo estoy con el mayor Zardall —apoyó Devoir—. Cualquier decisión grave que haya que tomar, la decidiremos por votación.

Hubo unos instantes de silencio y todos terminaron por asentir con la cabeza. En adelante, las decisiones importantes serían tornadas por unanimidad.

—Si esto no es una pesadilla —empezó a decir Bertini, el que más años tenía del grujo y cuyas sienes ya estaban plateadas—, observemos en nuestro entorno para saber lo que nos espera y qué es lo que podemos hacer para guiar nuestro destino.

El suelo era amarillento en algunos lugares, ocre pálido en otros y luego había amplias extensiones de color marrón que variaba desde el claro al oscuro, casi negro.

Pasada la primera impresión, Alejo Cordiev opinó:

—Aquí huele mal.

Por su parte, Mia Stevens observó:

—No hay árboles.

—Miren, aquello parece un grupo de árboles —señaló Devoir. Orianna Mayevna puntualizó:

—Son hongos, hongos gigantes, por lo que parece.

—Este es un mundo muy distinto al que conocemos en la Tierra y tendremos que habituamos a él. No tenemos forma de escapar. No poseemos armas ni naves que nos puedan desplazar, no sólo lejos del planeta, sino simplemente por encima del mismo, de modo que la velocidad máxima que desarrollemos en adelante será la que nos permitan nuestras piernas.

A las palabras de Hut Zardall, Bertrini agregó con sorna, cargada de una profunda resignación;

—Por lo visto, estamos como nuestros ancestros los cavernícolas, pero sin su fuerza física ni su poder.

—Tenemos a nuestro favor la inteligencia desarrollada, y me temo

que nos va a hacer falta hasta que podamos salir de problemas, si es que aquel extraño ser que nos arrebató de la órbita terrestre y nos ha traído aquí, vuelve a recogernos.

—Zardall tiene razón, empleemos nuestra inteligencia. En principio, deberemos buscar comida. No sabemos qué es lo que podemos utilizar como alimento en este planeta.

No tenían más que lo puesto, y en derredor no parecía

haber mucho que comer. Mia Stevens preguntó:

—¿Qué dirección tomamos?

—Sin brújula y sin sol, será difícil decidir qué car mino tomar. Por otra parte, estimo que lo mismo da ir en una dirección u otra.

—Propongo ir hacia aquel grupo de hongo gigantes —indicó Hut Zardall.

Golpearon el suelo con sus botas. Semejaba duro, pero era algo parecido al corcho, como si apenas tuviera peso,

—Esperemos que no nos hayan depositado en un planeta donde habiten fieras carnívoras —dijo Bertini, mirando en derredor con desconfianza.

—Esto parece un páramo desolado, sólo se divisan aquellos hongos gigantes.

—No, doctora Mayevna, en el suelo también hay hongos minúsculos y yo diría que incluso líquenes —puntualizó la biólogo Mia Stevens.

Alejo Cordiev gruñó:

—Parece que el suelo se hace más blando.

—Sí, y la coloración también ha cambiado algo. Aquí es más oscuro.

—¡Socorro! —chilló de pronto Devoir.

Se había separado algo y se estaba hundiendo en aquella especie de barro o pasta blanda color marrón

Al sacar un pie, mientras el otro se hundía más profundamente, se alzaban pequeñas columnas de gases apestosos.

—¡Hay que ayudarle, es como una ciénaga, puede engullirlo!

Zardall se situó como pudo al margen de aquella zona más oscura, pues había comprobado que cuando el suelo que pisaban oscurecía, también resultaba más blando.

—Deme la mano, doctor.

Trabajosamente, el francés Devoir estiró su mano. Estuvo a punto de caer cuan largo era sobre la materia hedionda, pero Hut Zardall le cogió la mano y comenzó a estirar de él para arrancarlo de aquella especie de pantano traidor que intentaba engullirlo.

De pronto, algo más lejos de donde estaban, la pasta ocre que aún parecía más fluida, se movió. Primero fue un movimiento suave, luego una ondulación muy pronunciada hacia arriba.

El doctor Devoir, que aún no había conseguido escapar totalmente de aquel cepo de color marrón negruzco, miró horrorizado como aquello que se movía y que obviamente era algo con vida, emergía de pronto...

—¡Un monstruo! —gritó Oriana Mayevna,

Aquel ser, que tenía las características de una serpiente gigante, con un grosor de cuerpo algo superior al de una cabeza humana, se los quedó mirando con sus grandes y redondos, unos ojos que no parpadeaban y que semejaban estar calculando sus posibilidades de ataque hacia los intrusos.

Aquel ser de color verdoso claro, con algunas franjas anaranjadas, estaba hundido en parte en aquella especie de ciénaga y por tanto ignoraban la longitud que podía tener.

Por el momento, aquel monstruo tenía ya una enorme ventaja sobre los terrícolas, y ésta consistía en que podía sumergirse en el lodazal viscoso y hediondo, sin que le ocurriera nada, mientras que ellos, si se hundían en la capa blanda y pútrida, morirían.

Alejo Cordiev buscó en el suelo algo sólido que poder arrojar al monstruo que permanecía quieto observándoles. Sólo consiguió arrancar un pedazo de suelo y al hacerlo constató que era duro, más carecía de peso y por lo tanto de contundencia.

Pronto, el monstruo se inclinó sobre ellos abriendo su boca sin dientes, una boca que, al dilatarse, les pareció enorme.

Su intención evidente era la de engullir a uno de ellos, al profesor Devoir que estaba más cerca, todavía apresado por la maldita pasta blanda hasta casi las rodillas.

—¡Dios mío, auxilio! —gritó el médico, fallándole la voz.

Mia Stevens giró la cabeza para no presenciar la horrible muerte entre las fauces del monstruo. Hut Zardall soltó al médico al tiempo que le pedía:

—Agárrese a mis piernas para no hundirse.

La enorme bestia desvió su boca para enfrentarse a Zardall que permanecía en pie, desafiante.

Zardall esquivó las fauces que pretendían atraparle por la cabeza y engullirlo por lo menos hasta los hombros al primer intento. Sin huir, para no abandonar al médico a su horrible suerte, golpeó con sus puños al monstruo.

Notó que al extremo de su puño algo se desgarraba. Al retirar la mano, la sacó llena de un líquido blanco, lechoso.

No tuvo tiempo para sentir náuseas, y golpeó, ahora con la zurda, contra uno de los ojos de la bestia. Este se rompió, salpicándole.

El monstruo se movió de un lado a otro, chapoteando rabioso.

Hut Zardall, con la derecha tan sucia de espeso líquido como la zurda, volvió a lanzarle otro puñetazo, destrozándole el único ojo que ya le quedaba.

El animal, ciego, brincó en el aire, emitiendo unos ruidos semejantes a furiosos siseos. Salpicó en derredor y apareció en toda su longitud, saliendo del lodazal. Vieron que mediría más de diez yardas de cabeza a cola, era como una serpiente gigante.

Se hundió en parte, chapoteó y brotaron columnas de insoportable hedor pútrido. Removió en derredor y el suelo marrón se tornó más claro y acuoso. Al fin, desapareció en las profundidades de aquel lago marrón o como quisieran llamarle, pues jamás habían visto nada semejante.

—¡Arriba, doctor, arriba!

Hut Zardall, respirando hondo ante el tremendo esfuerzo realizado en la lucha, sacó al médico y quedaron todos en el suelo más firme.

—Apartémonos de esa orilla. Puede salir otra bestia como ésa —dijo Oriana Mayevna.

—No tenemos armas, pero con sus puños ha sabido dar buena cuenta de ella, Zardall —felicitó Bertini.

—Me agradaría lavarme y poder quitarme todo esto de encima —comentó Zardall. Mia Stevens suspiró.

—Me temo que eso será difícil, no sé dónde puede haber agua.

—Pues, sino encontramos agua pereceremos —puntualizó Bertini.

—Recordando las palabras del extraño ser que nos ha traído aquí —comenzó a decir Mía—, éste es un planeta orgánico. No es mineral sino orgánico, como todos los que nos rodean.

—¿Orgánico? Pero, ¿adónde quiere ir a parar? —masculló Cordiev

—Creo que todo este sistema de planetas donde nos hallamos son seres vivientes, monstruosos desde nuestro punto de vista. Son seres tan grandes como el planeta Tierra, que flotan o se mueven dentro de una atmósfera común, como si fueran protozoos terrestres dentro de una suspensión acuosa. Aquí, la suspensión no es acuosa, sino de aire, un aire que no me es factible analizar, pues carezco de medidores para hacerlo, pero

que, por lo visto, es apto para nuestro sistema de respiración.

—¿Quiere decir que estamos encima de un protozoo tan grande como un planeta? Mia Stevens miró a Alejo Cordiev y asintió:

—Sí, ésa es mi opinión. Se trata de un enorme Protozoo, como una macro-ameba. Bajo esta corteza sobre la que estamos y que será la membrana, se hallará el citoplasma y en el centro de este supuesto planeta orgánico, estará el núcleo de la célula protozoica.

—¿No le parece todo esto muy complicado y fantástico, doctora Stevens? —preguntó Bertini.

Hut Zardall corroboró:

—Me temo que ella dice la verdad, yo pienso lo mismo.

—¿Y esa bestia que ha querido atacamos? —preguntó el médico Devoir, con su característico acento galo.

—Un gusano gigante, proporcional a este Protozoo. Supongo que en el planeta Tierra un gusano de esa especie ni siquiera se podría ver con un microscopio ordinario.

—¿Un gusano? —repitió Alejo Cordiev lentamente, muy pensativo. Por su parte, Hut Zardall observó:

—Ahora comprendo lo blando de su piel. Por eso al golpearle, he metido mis puños hasta el interior de su cuerpo, perforándolo.

—Claro, nuestros cuerpos son fuertes, están endurecidos por el esqueleto interior, mientras que esos gusanos son invertebrados. ¿No es eso, doctora Stevens?

—¡Sí, y ahora que todos vamos a seguir adelante en esta insólita aventura, sería preferible abandonar los tratamientos. Podríamos tutearnos y llamarnos simplemente por nuestros respectivos nombres. Vivimos juntos una odisea y debemos estar unidos, muy unidos.

—Mia tiene razón —apoyó Oriana Mayevna.

—Hay algo que todavía no comprendo —dijo Alejo Cordiev. Le miraron; fue el doctor Devoir quien preguntó:

—¿El qué?

—Si esto es un protozoo o algo que se le parece, si todo este planeta en que estamos tiene gusanos, es que está corrompido, ¿no?

—Mi opinión es que se trata de un gigantesco monstruo unicelular muerto y en estado de putrefacción, por eso hallaremos zonas más blandas, más corrompidas que otras y en ellas habitan esos

gusanos gigantescos que pueden atacarnos, creyendo que somos sus enemigos o simplemente pensando que podemos ser una variante en su alimentación ordinaria.

—La explicación de Mia es muy fantástica, pero parece la más plausible —dijo Zardall. Oriana, señalando las gigantescas setas, explicó:

—Esa clase de vegetales deben de ser saprofitos, es decir, se alimentan de seres muertos, como otras clases de vegetales inferiores.

Mia asintió:

—Sí, hongos y líquenes pueden ser la vegetación que hallemos por aquí; deberemos elegir la más apropiada para alimentamos.

—Hay que buscar agua para lavarnos. Este líquido del maldito gusano que me ha salpicado los brazos y el rostro comienza a escocerme.

Por su parte, Devoir dijo:

—A mí también me escuecen las piernas, parece que nuestra epidermis está siendo atacada por esos líquidos corrosivos.

—Vayamos hacia los hongos gigantes. Los hongos suelen almacenar grandes cantidades de agua; veremos si con ella evitamos la corrosión de la piel de Hut y el doctor.

Echaron a correr hacia el bosque de hongos gigantes, ignorando lo que podían encontrar en él.

Aquel iba ser para ellos un mundo de pesadilla que les habría de horrorizar.

CAPITULO
IV

Aquella especie de bosque de setas gigantes, pues en el planeta Tierra no habían visto jamás ningún hongo de aquel tamaño, ni siquiera cien veces menor, era muy grande.

Los hongos no pertenecían todos a una misma familia, había de varias especies.

Unos eran blancuzcos, lechosos; otros rojos y duros. Había también setas pequeñas, en nacimiento. Posiblemente, aquel lugar era óptimo para su crecimiento. Algunos de los hongos eran tan altos que sus sombrillas resultaban inaccesibles para ellos y sus tallos no podían ser abarcados por tres hombres cogidos de las manos.

—Creo que esos más pequeños y rojos servirán —indicó Mia.

Se acercaron a un grupo de pequeñas setas que crecían alrededor de otra gigante, que podía ser la madre. Rompieron trozos de su casquete, que resultó muy húmedo, tal como esperaban.

Con aquel producto comenzaron a frotarse Hut y el médico, limpiándose.

—Es absurdo hallarse encima de un monstruo gigantesco, muerto y en avanzado estado de putrefacción —comentó Hut mientras los científicos del grupo observaban atentamente aquellas setas, tratando de acertar al escoger una que pudiera ser utilizada como alimento.

—¿Será necesario comer de esto crudo? —preguntó Oriana Mayevna, mirando con reparo los pedazos de hongo arrancados.

—Podremos asar esto que tenemos por alimento, que por cierto, tiene muchas proteínas, pero aquí hay algo más importante —indicó Mia, señalando lo que colgaba bajo las sombrillas de los hongos gigantescos.

—Son las esporas —observó Zardall.

—Sí y si se rompen las esporas, dentro estarán las semillas. Nunca he comido semillas de hongos, pero teniendo en cuenta el tamaño de estas esporas, son muy de tener en cuenta con vistas a nuestra alimentación.

—Con lo lisos que son los tallos de estos hongos, será difícil llegar hasta las esporas —opinó Bertini.

—Por el suelo habrá esporas caídas —dijo Oriana.

—Hay una forma de hacernos con esas

esporas. Oriana observó
intrigada a Hut.

—¿Cuál? Carecemos de cuerdas o simples piedras con que abatir esas esporas, que son grandes como cocos terrestres.

—En el planeta Tierra nos haría falta un hacha o una sierra para abatir la palmera, pero aquí, teniendo en cuenta que estamos en un mundo podrido, todo estará blando.

Hut escogió uno de los hongos gigantes que con sus enormes
casquetes les impedían
ver el cielo azul claro y comenzó a darle patadas con sus botas.

El tallo de la seta comenzó a quedar herido por las furiosas patadas que le propinaba Hut. Pero, aquella especie de tronco era grande y todos tuvieron que colaborar asestándole patadas a modo de hachazos.

El hongo comenzó a vacilar... Lo empujaron en la dirección que les
interesaba y
abatieron la gran seta que se vino al suelo, rompiendo otras menores en su caída, pues

debido a la gran cantidad de agua que almacenaba resultaba muy pesada.

Recogieron algunas de las esporas; las rompieron y en su interior aparecieron las pequeñas semillas.

Se miraron entre sí y Cordiev se atrevió a exponer:

—Esto puede ser un veneno mortal para nosotros y no tenemos medios de comprobarlo.

—Sí, hay una forma —dijo Oriana. Mia objetó:

—Si tuviera algunas piezas de mi laboratorio, pero aquí es imposible averiguarlo.

—Creo que Oriana se refiere a que uno de nosotros puede probar las semillas por los demás. Si el que coma no muere al cabo de unas horas, los demás podrán tener alimentos a su disposición.

—Sino queda más remedio que uno de nosotros se exponga comiendo el primero y sirviendo de conejillo de indias por el bien de los demás, habrá que echarlo a suertes.

—No será necesario echarlo a suertes, Bertini.

Y Hut Zardall se llevó a la boca algunas semillas extraídas del interior de las esporas gigantes.

Todos se lo quedaron mirando fijamente. Hut Zardall acababa de exponerse por el bien del grupo. Podía haber esperado el sorteo, pero prefirió ser el primero en pasar la prueba. Era una forma de dar ejemplo para situaciones sucesivas y crear así un ambiente de grupo muy unido.

—¿Cómo, cómo sabe? —le preguntó Oriana tragando saliva, mirándole con franca admiración.

—Tiene un sabor picante y dulzón.

Devoir se le acercó para escrutarle los ojos y las uñas de las manos al tiempo que decía:

—En las próximas horas tendré que observarle con atención por si le sucede algo.

—Si muero por envenenamiento de estas esporas de hongos desconocidos, no les aconsejo que practiquen la necrofagia con mi cadáver, podrían resultar envenenados también.

Nadie se atrevió siquiera a sonreír. El gesto de Zardall merecía el máximo respeto, pues había evitado que otro miembro del grupo fuera el que corriera el riesgo de morir envenenado mientras buscaban un alimento que sirviera para todos.

—¿Por qué, por qué nos habrán traído a este mundo podrido? —

se lamentó Mia Stevens, al borde del sollozo.

Cordiev, malhumorado, dijo:

—Es cierto, podían habernos depositado en cualquier otro planeta más parecido a la Tierra y no aquí, en un mundo podrido.

—Ya nos advirtieron que esto sería una especie de purgatorio. Mia miró a Oriana y le preguntó:

—¿Qué conseguirán con que muramos todos aquí?

—Creo que no consentirán que muramos todos. Desde arriba o desde alguna parte nos están vigilando y evitarán la muerte de todos, aunque es posible que toleren la muerte de algunos de nosotros. Sólo los escogidos regresarán a la Tierra cuando la Tierra sea nue- vamente habitable tras su enfriamiento y la desaparición de la radiactividad.

Mientras discutían sobre sus posibilidades, todo oscureció bruscamente a su alrededor. Miraron hacia lo alto y Bertini mascullló:

—¿Qué ocurre ahora?

—Si no hay sol visible —observó Mia—, no entiendo este oscurecimiento tan rápido. Alejo Cordiev indicó:

—Son nubes.

Comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia, gotas que alimentaron en cantidad.

—Es una tormenta —advirtió Hut.

—Bajo las sombrillas de estas setas gigantes evitaremos mojarnos —opinó Devoir.

La lluvia se hizo torrencial. Las nubes habían aparecido súbitamente y ahora llovía de una forma fantástica, el agua caía desde lo alto en verdaderas cascadas. Todo allí era nuevo para ellos, imprevisible, inexplicable...

—¡Hay que buscar algún lugar para guarecerse! —gritó Hut Zardall cuando sus pies ya desaparecían bajo un lago de agua que se deslizaba hacia alguna parte.

Era una inundación en la que podían perecer si el nivel del agua seguía subiendo.

—¿Hacia dónde vamos, sino conocemos este lugar? —preguntó Oriana.

Hut Zardall la cogió de la mano y jaló de ella. Cordiev hizo lo propio con Mia Stevens.

—¡Corramos en dirección contraria a la que lleva la corriente! Según la ley de la gravedad universal, si el agua se desliza hacia alguna parte es que se dirige hacia un punto más bajo, por lo tanto, si vamos a contra corriente, iremos a un lugar más alto donde quedaremos a salvo de la inundación.

No tardaron en observar que aquel planeta orgánico, que un día fuera vivo y ahora estaba muerto, en descomposición, no era completamente redondo y llano, sino que tenía muchas protuberancias.

Salieron del bosque de hongos gigantes y también del lago en que se había convertido. Aquello justificaba la abundancia de hongos gigantes, pues la intensa humedad favorecía su desarrollo.

Completamente empapados, corrieron por una especie de ladera hacia arriba, cuando divisaron una gruta que podía haber sido una primitiva erupción del monstruo que constituía aquel planeta.

Rápidamente, se internaron en la cueva natural y comprobaron que el hedor era allí mucho más intenso y que del interior de la cueva brotaba una corriente de aire cálido.

—De momento estamos bien aquí, ya es algo que hayamos encontrado un lugar como refugio —observó Alejo Cordiev.

Mia, escrutando la oscuridad del fondo de la cueva, opinó:

—Esto puede ser una galería de respiración del interior del macroprotozoo. Como está en descomposición, produce calor en sus entrañas y ésta es una de las bocas por la que ese calor escapa; de lo contrario, terminaría por reventarlo.

—Pues ese calor, aunque sea hediondo, nos irá bien —observó Zardall—. De momento, podremos secarnos.

—Lo que es un placer es que con tanta agua de lluvia nos hayamos lavado de la porquería que llevábamos pegada, tanto Zardall como yo —se congratuló Devoir—,

Por cierto, Zardall, ¿cómo se encuentra, cómo van sus tripas, no siente nada anormal?

Todos se lo quedaron mirando ansiosos, en espera de una respuesta.

—Pues, me siento muy bien y no tengo apetito. Creo que esas esporas pueden ser un buen alimento.

En todos los rostros se pintó la alegría. Por lo menos, habían hallado que comer. Mia apuntó:

—Cuando no llueva y estemos en mejor forma, bajaremos a comer esporas de ésas.

En aquel instante, Oriana comenzó a gritar señalando algo que había en el suelo, casi junto a ella.

Todos miraron, pudiendo ver unos huesos muy semejantes o iguales a ios que ellos podían tener en sus respectivos esqueletos. Sólo las calaveras eran algo distintas, de mandíbulas mucho más grandes, armadas con dientes y colmillos más poderosos que los que ellos poseían.

—En este mundo corrompido, no estamos solos —sentenció con voz ronca el doctor Devoir.

Todos comprendieron lo que aquello podía significar.

Aquel ser no había muerto allí por casualidad, en soledad. Los huesos estaban esparcidos como si alguien lo hubiera devorado arrojando luego los huesos que no le interesaba engullir.

Instintivamente, todos miraron hacia el oscuro y negro ojo del interior de la gruta por, donde emergía el desagradable hedor.

Todos temieron que por allí apareciera el monstruo que había devorado a aquel ser semejante a ellos, aunque mucho mejor armado de dentadura.

CAPITULO
V

Tras examinar atentamente los restos hallados, el doctor Devoir dictaminó:’

—Pertenecen a un humanoide algo más alto y corpulento que nosotros y mejor armado y preparado para la depredación. Y si poseía esas defensas mandibulares, debían de tener una función, es decir, ha de haber otro ser contra el que luchar.

—Este planeta podrido, en el fondo, no es tan diferente a la Tierra: El fuerte se come al débil —opinó Alejo Cordiev.

—Y en principio nos ha parecido deshabitado.

Al comentario de Oriana Mayevna, Hut Zardall añadió:

—Ya sabemos que está habitado. Lo que me gustaría preguntarle a ese ángel de la guarda que nos ha traído aquí a través de los espacios infinitos es si el ser al que pertenecía este esqueleto es oriundo de aquí o llegó también a purgar como nosotros el desquiciamiento y locura de una civilización que se destruye a sí misma.

—Me temo que no vamos a poder preguntarle, tendremos que hallar respuestas a los enigmas por nosotros mismos —objetó Cordiev.

Fuera de la gruta ya no llovía y allí dentro, la humedad había desaparecido gracias al calor que brotaba de las entrañas del planeta en descomposición.

—No sabemos cuánto tiempo estaremos aquí, pero ya hemos comprobado que en esta cueva estamos a salvo de las lluvias torrenciales. Ahora, debemos armarnos para rechazar cualquier ataque de que seamos objeto. Los puños han servido en una ocasión, pero igno- ramos lo que se nos puede presentar en el futuro.

Mia Stevens le preguntó perpleja:

—¿Cómo vamos a armarnos, si carecemos de todo?

—Tenemos huesos, huesos duros y fuertes. Si los rompemos y trabajamos en la forma adecuada, servirán como armas, primitivas, pero útiles al fin y al cabo. Un fémur puede convertirse en una buena garrota y un húmero, haciéndole la punta por el lado que corresponde y afilando algo su canto, es una espada. Y así otros huesos punzantes que, movidos con eficacia, pueden herir a un posible enemigo que se nos enfrente.

—Estoy de acuerdo —dijo Cordiev—, Será mejor poner manos a la obra.

—Pues, escojamos los mejores huesos de estos restos.

—Lo que nos hace falta es comer —dijo Bertini.

Por su parte, tras dar una nueva ojeada a Hut Zardall, Devoir opinó:

—No cabe duda de que esas esporas son un buen alimento, aunque me gustaría averiguar hasta qué punto contienen todo lo necesario. Es posible que en esa ali- mentación monótona falten diversas vitaminas y caigamos enfermos.

—Habrá más cosas que poder comer, estoy segura —dijo Mia Stevens.

—Y también habrá un mar o algo similar —objetó Zardall.

—Es cierto —apoyó Oriana Mayevna—. Si ha llovido tanto, el agua se habrá almacenado en alguna parte, quizá en una hondonada. Quizá ya exista un lago o mar.

Más pesimista, Bertini dijo:

—También pudiera ser que el agua se filtrara hacia el interior de ese monstruo podrido, convertido en astro, por una cueva como ésta en la que nos hallamos.

—Todo es posible —asintió Zardall—. Y si tuviéramos algún medio de iluminarnos, sería interesante realizar una incursión hacia el interior de la gruta para ver qué encontrábamos.

—No tenemos fuego ni medios para obtenerlo —cortó Alejo Cordiev.

Mia Stevens admitió:

—Es cierto, no tenemos nada recio para frotar y que saque chispas suficientes como para prender un fuego.

—Buscaremos algo, quizá lo consigamos con un par de estos huesos endurecidos y mucha paciencia —dijo Zardall—. Habrá que traer aquí vegetales muy secos que puedan prender a la más mínima chispa.

—¿Creen que frotando huesos lo conseguiremos? —preguntó Cordiev escéptico. El profesor Devoir habló con decisión.

—Frotaremos un par de huesos entre sí como ha propuesto Zardall hasta obtener una chispa, hasta rompernos las manos si es preciso. Un fuego es imprescindible para alimentarnos, para ahuyentar posibles fieras e iluminarnos. Ya que hemos regresado al mundo de las cavernas y tenemos que sobrevivir como el hombre de cromagnon, el fuego es fundamental.

—Pues, comiencen a rasgar huesos. Yo traeré algo que pueda encontrar seco, aunque será difícil después de la torrencial lluvia que ha caído. —Bertini miró a los demás y preguntó—: ¿Quién me acompaña?

Oriana Mayevna se le acercó:

—Voy con usted, no hará falta que nos internemos mucho en el bosque de los hongos gigantes. ¿Cree que podrá derribar una de esas setas?

—No la escogeré tan grande como nuestro amigo Zardall, pero ahora ya sabemos de qué especie debemos obtener las esporas que nos servirán como alimento.

—No se alejen, que desde la entrada de la gruta podamos verlos por si aparece algún peligro. Mientras, aquí trataremos de confeccionar nuestras primeras armas.

Alejo Cordiev le miró molesto y no se mordió la lengua al replicar.

—Zardall, está dando demasiadas órdenes y aquí, un americano no es el jefe.

Todos quedaron en suspenso. Era el primer roce que surgía entre los miembros del grupo y Bertini, el mayor de ellos, estaba seguro de que no sería el último.

La ley biológica era que si se creaba un grupo, algún miembro del

mismo trataría,
consciente o inconscientemente, de ser el jefe. Y el primer roce acababa de surgir entre los dos hombres más jóvenes, fuertes y preparados para el combate, pues ambos habían pertenecido a unos ejércitos que habían terminado destruyéndose mutuamente hasta la última consecuencia.

—Cordiev, yo no trato de ser el jefe ni de dar órdenes. Si algo que he dicho le ha molestado, disculpe y tengamos la fiesta en paz.

—Quedamos en que todas las decisiones serían votadas.

—Decisiones importantes —recordó el médico, interviniendo—. Y no creo que Zardall se haya pasado en el pacto acordado.

—¿Está de su parte, doctor Devoir? —inquirió Cordiev empequeñeciendo sus inquisitivas pupilas.

—Yo no estoy de parte de nadie en especial, pero sí del grupo, y si comenzamos a

pelear entre nosotros daremos el triste espectáculo de reproducir la apocalíptica guerra que vimos en nuestro planeta y ese extraño ser que tiene forma de piedra o energía reconcentrada, tendrá que presentarse ante el gran consejo de la Federación de Galaxias para explicar lo violentos, agresivos, imbéciles y otras cosas más que somos los terrícolas. Se ofrece a un pequeño grupo de la especie la posibilidad de supervivir y nos destruimos por estupideces que no merecen ni calificativo.

—El doctor Devoir tiene razón —asintió Oriana.

Alejo Cordiev soltó un gruñido de desaprobación e inclinándose hacia los restos del esqueleto de aquel ser desconocido y sobre cuya historia lo ignoraban todo, tomó un fémur y lo hizo oscilar en su diestra, como si ya se tratara de un arma.

Si no se partía, podía dar mucho de sí, ya que por allí no había árboles a los cuales arrancar ramas gruesas para convertirlas en verdaderas garrotas o ramas largas para armar sus puntas con astillas de hueso y convertirías en eficaces lanzas.

Bertini y Oriana Mayevna se alejaron de la gruta, descendiendo por la rugosa pendiente. Aquel suelo, que era la membrana del enorme protozoo, en algunos puntos estaba tan seco y duro que semejaba roca.

Mientras a la entrada de la gruta comenzaban a trabajar en las osamentas, Oriana y Bertini escogían un hongo no muy alto, pero que tenía suficientes esporas para alimentarse en un principio.

Entre los dos, tal como hiciera Zardall en anterior ocasión, comenzaron a romper el tallo a puntapiés.

La materia esponjosa y muy cargada de agua cedió con bastante facilidad, aunque sus esfuerzos les costó. De este modo, consiguieron derribarlo, lo cual les hizo felices.

—Mire, Oriana, ya tenemos esporas suficientes para alimentarnos.

—Y parecen maduras, están repletas de minúsculas semillas. '

—Esperemos que el envenenamiento no sea retardado —dijo Bertini mirando hacia la gruta, por si veía bien sano a Zardall.

—¡La verdad es que para arriesgarnos todo el grupo, deberíamos esperar hasta mañana.

—¿Mañana? Si aquí no hay sol, tampoco hay día ni noche. Lo que ignoro es como se difundirá la luz por toda la atmósfera que nos rodea.

—Hay demasiados misterios aquí para que en una simple ojeada

logremos descifrarlos

del todo —respondió Mayevna—. Estamos en un mundo totalmente distinto al nuestro y no porque tenga un tipo de elemento u otro en su composición, porque sea mayor o menor que el planeta Tierra, incidiendo en ello la gravedad, porque sea más frío o más cálido.

No, esto es distinto a todo lo imaginado, se aparta de todas las leyes de la dinámica espacial. No es un sistema estelar, no se parece a ninguno de los astros conocidos. No parece estar ligado a ninguna ley de las controladas por nosotros. Esto se parece a un vaso repleto de aire con protozoos en suspensión.

—Es que los protozos, en un vaso tendrían que estar dentro de un líquido, no de aire.

—Pues hasta en eso es diferente. En fin, creo que nos volveríamos locos si tratáramos de comprender. Lo que hemos de hacer es sobrevivir, ésa es nuestra obligación primaria y para ello nos han puesto aquí. El vigilante de la especie terrícola a la cual pertenecemos no podía intervenir más que para salvarnos en el momento definitivo y evitar nuestra

total exterminación, pero una vez depositados en este planeta putrefacto, la valoración de la supervivencia es nuestra. El aguardará hasta que hayamos demostrado que podemos sobrevivir y que hemos desechado de nuestras mentes toda posibilidad bélica.

—Tengo una impresión respecto a todo esto —dijo Bertini.

Oriana, que tenía los brazos cargados de la fruta que para ellos representaban las esporas de los hongos, se volvió hacia el hombre para preguntarle:

—¿Cuál es su impresión?

—No se lo diga a los demás.

—Se muestra muy misterioso, Bertini.

Oriana había tratado de sonreír, pero la sonrisa se le enfriaba en la boca, temiendo algo desagradable.

—Para el vigilante de la Federación de Galaxias, nuestra civilización terrestre ha sido exterminada en su totalidad.

—En su totalidad, no, Bertini, quedamos nosotros seis, que precisamente hemos sido salvados por él.

—¿Y no se ha preguntado por qué?

—Es fácil de deducir: Quería salvar una representación de nuestra especie para que sigamos evolucionando y subsistiendo.

—Eso es lo que parece, pero, ¿se acuerda de la alusión a nuestro histórico Moisés?

—Sí, lo recuerdo.

—Moisés tenía que llevar, a su pueblo a la tierra prometida, pero él no llegó a verla. Ese fue su castigo y también él de los demás. En realidad, llegaron a la tierra prometida los hijos de quienes abandonaron Egipto perseguidos por el faraón.

Oriana hubiera querido aceptar aquello con desenfado, pero las palabras de Bertini le parecieron muy trascendentes y preguntó:

—¿Quiere decir que ninguno de nosotros será regresado jamás a la Tierra?

—Exacto, moriremos aquí.

—Entonces, ¿quién se salvará? Porque el vigilante de las Galaxias, cuyo nombre no llegamos a descubrir, ni creo que eso importe demasiado, dijo que nos regresaría a la Tierra para que nuestra especie continuara evolucionando.

—Nuestra especie evolucionará a través de nuestros hijos,

—¿Hijos?

—Sí. Nuestra obligación, en medio de este mundo hostil, no es sólo sobrevivir sino también reproducirnos y cuando lo hayamos

conseguido, ese vigilante, en su extraña nave en la que viajamos hasta este lugar perdido en ¡os espacios infinitos del firmamento, recogerá a nuestros descendientes y los llevará de nuevo a la Tierra para que allí empiecen la nueva vida terrestre.

—Eso es sólo una suposición de su parte, Bertini.

—No es una suposición, es una certeza, por eso se lo digo ahora.

—¿Y por qué ahora y no delante de los demás?

Bertini se acercó más a la joven morena, de espléndida belleza, cuerpo ágil y esbelto, caderas redondeadas y pechos idóneos para amamantar al hijo que pudiera nacer de su vientre.

—Oriana, puesto que nosotros seguro que no saldremos jamás de este planeta, que

estamos condenados a purgar los errores de nuestra civilización, pues se nos ha rescatado de la muerte, pero no para ser supervivientes, sino para crear supervivientes limpios de toda culpa, me gustaría que fuera un hijo mío, un hijo de mi sangre, el que comenzara la vida en el planeta Tierra, el que tuviera la oportunidad de convertirse en un nuevo Adán o Eva, quién sabe cuál sería el fruto de nuestra unión.

—¿Nuestra unión? Bertini, no quiero escucharle, es mejor que no le escuche.

—Oriana, este bosque es casi impenetrable —prosiguió con actitud suplicante—. Podríamos retrasarnos algo en el regreso, no notarían nada y yo...

—¡Apártese!

Le dio un manotazo y echó a correr ladera arriba por aquel suelo rugoso que daba la impresión de estar corriendo sobre corcho.

Bertini quedó pálido y frustrado, preguntándose si Oriana contaría a los demás lo que él le había propuesto, pero no estaba en su mano averiguarlo en aquellos momentos.

La muchacha corría hacia la gruta con unas cuantas esporas entre sus manos y brazos,
apretadas contra su cuerpo para no perderlas, cuando escuchó un fuerte rumor.

Era algo semejante al bramido de una gran tormenta que se les venía encima, un estruendo similar al de una de las devastadoras y rarísimas tormentas que tenían lugar en los desiertos de Nuevo México, en el planeta Tierra.

El cielo se oscureció de pronto.

Los que estaban en la gruta se asomaron a Ver lo que ocurría y en aquel momento descubrieron el espectáculo más fantástico y horrible que jamás ojos humanos podían llegar a ver, ni tan siquiera a soñar.

El cielo se había oscurecido porque lo cubría una gigantesca masa casi redonda. Era uno de aquellos protozoos, un planeta orgánico de los millares que existían en aquel rincón del firmamento, ignorado por la ciencia terrícola.

Aquel monstruo unicelular viviente, de proporciones que desquiciaban cualquier cálculo humano, pasaba rozando el planeta orgánico y muerto en el que se hallaban.

Pero aquél estaba vivo, y ello podía deducirse por los millares de filamentos o falsos tentáculos que sobresalían de la membrana que cubría el citoplasma.

Aquella especie de larguísimos tentáculos barrían el suelo del planeta muerto como una enorme escoba aspiradora, pues no

tardaron en comprender que pasaba rozando el planeta muerto con sus pseudópodos para alimentarse de los parásitos que vivían sobre él, engulléndolos a través de su membrana y dirigiéndolos dentro de sus vacuolas.

Era un espectáculo dantesco, si es que podía llamarse de alguna forma, pues en la mente humana jamás hubiera podido caber nada semejante. Era cómo si la Luna se acercara al planeta Tierra, lamiendo su superficie para engullir a todo ser vivo que hallara a su paso.

Oriana, viendo venir hacia ella los largos tentáculos, mitad transparentes, mitad viscosos, quiso correr más, pero tropezó y cayó, saltando de entre sus manos las esporas con que se había cargado.

—¡Oriana! —gritó Hut Zardall saliendo de la cueva que, obviamente, habría de protegerles de aquel desconcertante ataque, de aquel macroprotozoo que quería convertirlos en su alimento.

Hut saltó pendiente abajo hasta llegar junto a la mujer cuando aquellos tentáculos

prácticamente los acariciaban.

Escucharon un horripilante grito más abajo y volvieron sus miradas, viendo como

Bertini era atenazado por uno de aquellos tentáculos e izado en el aire.

Lo vieron desaparecer por entre el resto de pseudópodos, engullido hacia la membrana, gritando de pavor en medio del estruendo que producía aquel ser vivo y gigantesco al barrer la superficie del planeta en busca de alimento.

Grandes hongos eran arrancados de cuajo y absorbidos hacia la membrana, por entre la que desaparecían para formar parte de su masa.

Oriana Mayevna quiso correr, pero se dolía de un tobillo.

Hut Zardall, sin perder tiempo, cuando ya sentía sobre sí aquellos malditos tentáculos semitransparentes y pegajosos, la cargó sobre sus hombros y echó a correr hacia lo alto.

Al llegar junto a la cueva, dos de los tentáculos habían hecho presa en ellos, pero Alejo Cordiev y el doctor Devoir consiguieron romperlos con las improvisar das garrotas que constituían los fémures del ser muerto en la gruta.

Hut Zardall se lanzó de cabeza hacia dentro y él y Oriana rodaron por el suelo, escapando a la muerte por engullición.

El monstruoso ser, carente de toda inteligencia, sin notar lo más mínimo la pérdida de un par de aquellos miembros de los que poseía a millares, siguió su camino, alejándose como una maldita tormenta tras provocar el caos y la muerte.

Oriana Mayevna, ya libre del peligro, pero todavía en el suelo, miró a Hut Zardall. Comprendió lo que éste se había arriesgado para salvarla, se estremeció primero y sollozó después.

Zardall la rodeó con su brazo, por los hombros, y la oprimió hacia sí.

—Vamos, calma, todo ha pasado ya.

Pero Hut Zardall estaba seguro de que todo no había pasado.

Sólo habían hecho que librarse de un peligro monstruoso, mas no del todo, pues habían tenido una baja, una sensible pérdida.

Bertini había desaparecido, engullido por el monstruo. ¿Cuál sería el nuevo y desconocido peligro que les aguardaba?

CAPITULO
VI

La muerte de Bertini pesaba en el grupo, Sabían que cualquiera podía ser el siguiente, lo mismo absorbido por los tentáculos del macroprotozoo que había pasado barriendo el planeta en el que se hallaban, y del que no tenían medios para escapar, que devorado por alguno de aquellos gusanos saprofitos que se nutrían del cadáver que constituía aquella célula muerta, sobre cuya superficie vivían como si se tratara de la superficie del planeta Tierra, aunque allí el suelo no era más que la membrana endurecida que encerraba el citoplasma, posiblemente repleto de miríadas de gusanos repugnantes y de enormes dimensiones.

Todos miraban hacia la boca de la cueva con recelo, temiendo lo que por allí pudiera aparecer, pero tampoco dejaban de observar de reojo el interior de la gruta por la que brotaba aquel aire caliente y hediondo, casi insoportable, que les producía náuseas y que posiblemente contendría parte de gases nocivos para su salud.

—Creo que lo mejor será marchar de aquí a investigar lo que podemos encontrar en otras partes de este maldito planeta podrido —propuso el doctor Devoir.

—Estoy de acuerdo —aceptó Alejo Cordiev.

—Por mi parte no hay ningún inconveniente al plan. Creo que aquí corremos peligros lo mismo que afuera. Esta gruta, en un momento determinado, podría convertirse en una trampa de la que no lograríamos escapar.

Oriana Mayevna, mirando recelosa hacia el interior negro, absolutamente impenetrable a sus ojos, comentó:

—Quién sabe si por ahí, en un momento cualquiera e inesperado para nosotros, aparece todo un ejército de esos malditos gusanos.

Por su parte, Hut Zardall añadió:

—Después de todo, el hombre terrícola es un ser insatisfecho que siempre investiga y se aventura a descubrir el más allá de lo que conoce, por eso debemos de haber evolucionado. Todos aquellos seres que sólo se dejan guiar por su instinto, permanecen anquilosados a lo largo de la historia de su especie. Hay muchas cosas que distinguen a los seres inteligentes de los no inteligentes, y una primordial es ésta: El no permanecer quietos aceptando sólo lo que se conoce, sin buscar más allá.

—Tendremos que ir preparados con estas armas rudimentarias que hemos conseguido gracias al esqueleto encontrado.

—No son una nave espacial de combate como las que ustedes,

Cordiev o Zardall, pudieran pilotar, pero ahora es lo único que tenemos y habrá que buscar algo que nos sea útil para defendernos y sobrevivir.

—Lo malo es no haber encontrado ningún material sólido pesado —comentó Mia Stevens—. Nos hallamos en un planeta, si es que se puede llamar así a esta gigantesca célula espacial, blando y podrido.

—Si pudiéramos descifrar, por lo menos, lo que llegó a vivir este ser cuyo esqueleto hemos hallado aquí, sabríamos algo más sobre este planeta y lo que nos aguarda.

—Quizá es mejor que no lo sepamos, Oriana —observó Mia Stevens.

—Entonces, está decidido el marcharnos de aquí —arguyó Cordiev.

—Sí —asintieron uno a uno.

El doctor Devoir, tras exhalar un prolongado suspiro, sugirió:

—Sería mejor que descansáramos ocho o diez horas antes de emprender la marcha. De lo contrario, nos íbamos a fatigar rápidamente y si en un momento dado hemos de huir o enfrentarnos a un peligro, será necesario tener a punto todas nuestras fuerzas o sucumbi- remos.

—El doctor Devoir tiene razón —dijo Mia Stevens—-. Yo me siento completamente agotada.

—Podemos hacer guardias por turnos. Doctor, usted, Cordiev y yo, nos turnaremos.

—Nosotras también podemos montar guardia —casi exigió Oriana.

—No, las mujeres no harán guardia —replicó Hut tajante.

—¿Por qué no? —inquirió la joven morena con ligera altivez.

—Muy sencillo. La igualdad es válida en el mundo civilizado y evolucionado en el que vivíamos, pero ahora hemos regresado al primitivismo, a lo que podríamos llamar un mundo caverniano y en estos momentos, las facultades físicas como fuerza y resistencia, son fundamentales. Respecto a estas cualidades, es evidente que las mujeres se hallan en desventaja. No se trata de segregar o marginaros, es que carecéis de la fuerza de! hombre y de su sentido de la lucha.

Cordiev, con una sonrisa de suficiencia, corroboró:

—Por esta vez, Zardall tiene razón. Nos repartiremos las guardias entre los hombres. Espero que nuestros relojes funcionen matemáticamente y no estén enloquecidos como el reloj que había en aquella nave alienígena que nos transportó a este planeta sin nombre.

Observaron sus respectivos relojes y vieron que funcionaban, marcando unas fechas que ya nada significaban, pues habían traspasado la barrera del tiempo j del espacio.

Las saetas seguían girando y, aunque no correspondieran en absoluto al horario terrestre, a ellos les servían, pues los relojes estaban sincronizados entre sí y podrían calcular el tiempo transcurrido, ellos que estaban acostumbrados a medir el tiempo para comer, dormir y tantas otras cosas.

El doctor propuso:

—Podemos hacer turnos de tres horas.

—Usted hará el primer turno, “doc”.

—¿Por qué yo el primero? —inquirió el médico a Zardall.

—Muy sencillo, es un honor a la veteranía. Puede que su cuerpo necesite un descanso más prolongado que el de Cordiev y el mío.

—¿Quién hará el segundo turno? —preguntó Cordiev.

—Podemos echarlo a suertes —sugirió Zardall.

—De acuerdo, pero ¿cómo? Aquí no hay dados.

—Hay esquirlas de huesos de los que hemos estado trabajando. Que Oriana, por ejemplo, coja uno o dos pedazos sin que nosotros los veamos y los esconda en su mano. Después, quien lo acierte de nosotros dos hará la última guardia y el otro se quedará con la peor, es decir, después de la del doctor Devoir.

—Bien, es válida la fórmula. Oriana, puedes preparar el juego.

La joven de cabello azabache e inmensos ojos negros asintió con la cabeza.

Se volvió y buscó en el suelo pedacitos de hueso. Luego, mostró su puño cerrado a los dos hombres.

—Vamos, digan a ver quién lo acierta —pidió Mia Stevens.

—Le cedo el honor de ser el primero en pedir, Cordiev.

—Da lo mismo pedir antes que después, pero como no vamos a pelearnos por ello, digo que hay dos pedacitos.

—En ese caso, a mí sólo me resta decir que hay uno.

Oriana Mayevna, sin lograr disimular un ligero gesto de desagrado, abrió la palma de su mano y mostró su contenido.

—Dos. Ha ganado Cordiev.

—Pues, ya está decidido, yo haré la segunda guardia. Ya lo sabe, doctor Devoir, vigile bien con su porra de hueso y avísenos si surgen problemas. Cuando llegue la hora, me despierta y le relevaré.

—Pues, a descansar todos. Luego marcharemos para ver qué puede dar de sí este maldito planeta —comentó Cordiev.

Buscaron acomodo.

Aquella caverna, de no haber sido por lo apestosa, habría resultado buena para cobijarse, ya que el aire caliente les garantizaba un lugar seco y cálido, pero por si los gases que brotaban del interior de la gruta resultaban nocivos, se acomodaron cerca de la entrada de la galería.

El doctor Devoir, con el fémur en la mano por si necesitaba utilizarlo, se sentó junto a la entrada, de forma que no pudiera ser visto desde el exterior.

Aunque con dificultades, los demás comenzaron a dormir.

No era fácil conciliar el sueño viviendo en aquel planeta desconocido y después de los sucesos ocurridos, especialmente la desaparición y muerte de Bertini, engullido por aquel monstruoso ser unicelular.

Al doctor Devoir le habría gustado tener tabaco, una pipa, y fumar en aquellos momentos en que vigilaba el sueño de sus compañeros de infortunio, o quizá de fortunio pues, al parecer, el resto de la Humanidad terrestre había sucumbido en la apocalíptica guerra nuclear, claro que la vida que ellos tenían por delante no era plácida ni agradable.

El tiempo transcurrió con monotonía.

No sucedía nada, absolutamente nada anormal. Reinaba un silencio impresionante y sobrecogedor. Había brisa, pero no árboles con hojas para que se produjera el rumor de éstas al moverse.

De pronto, vio algo que no le gustó, algo que venía volando.

—Un pájaro —se dijo.

Aquel pájaro no era tal, pues carecía de plumas y más bien semejaba pertenecer a la familia de los murciélagos.

De la cabeza a los pies era tan grande como un hombre, pero sus

alas extendidas le hacían parecer mucho mayor, pues la envergadura de ala a ala resultaba muy grande.

Aquella especie de quiróptero, gigante a la perspectiva de un habitante de la Tierra, planeó sobre el bosque de hongos como si buscara algo.

El doctor Devoir se retrepó en la pared y se colocó de forma que no pudiera ser visto. Aquella bestia tenía un pico considerable.

La vio bajar en picado y poco después, remontar el vuelo. En su pico llevaba algo, algo que pese a la distancia, el doctor Devoir reconoció como uno de aquellos gusanos que vivían de la descomposición del planeta orgánico. Luego, cazador y presa desaparecieron de su vista.

Tuvo intención de llamar a los demás para explicarles lo que había visto, mas se contuvo. Pensó que era preferible dejarlos dormir, pues ya tendría tiempo de contarles lo ocurrido.

De este modo, sin más contratiempos, transcurrieron las tres horas estipuladas para su turno de vigilancia.

Posó la mano sobre el hombro de Hut Zardall y lo zarandeó suavemente para despertarle.

—Ah, es usted, doctor.

—Sí, le toca su turno de vigilancia.

—Bien, pues ya puede descansar usted.

Hut Zardall se levantó. Al aproximarse a la entrada de la gruta, el médico le explicó en voz baja:

—He visto a otro de los seres que habitan este planeta corrompido.

—¿Y qué clase de ser era?

—Me ha parecido un quiróptero.

—¿Un murciélago?

—Por su aspecto, sí.

—Si aquí no hay noche. Siempre hay luz en este cielo azul, sin sol a la vista.

—No digo que sea exacto a un murciélago terrestre, lo que sí se es que se trata de un pájaro de gran envergadura, superior a la del cóndor y que carece de plumas.

—Vaya, ese bicho puede ser nuestro enemigo.

—Sí, puede serlo. Ha ido a por caza; por lo visto es carnívoro.

—¿Y ha logrado cazar?

—Sí.

—No me diga, que hay más seres como nosotros. El doctor Devoir sonrió amargamente.

—No, por ahora no los he visto, pero el pajarraco ése ha bajado en picado y ha atrapado a uno de esos gusanos como el que usted mató a puñetazos. Quizá fuera algo más pequeño, y se lo ha llevado volando por los aires, puede que a algún nido que tenga.

—Eso quiere decir que hay más.

—Soy de la misma opinión.

—Cuando salgamos de aquí tendremos que estar vigilando el

cielo constantemente para que uno no nos convierta en festín de sus polluelos.

—Vigile bien la entrada de la gruta, Zardall. Me temo que este planeta todavía va a depararnos muchas y desagradables sorpresas.

Hut Zardall dejó al alcance de su mano el hueso que debía de utilizar en caso de emergencia.

Lo que acababa de contarle el doctor Devoir no le había gustado demasiado. Cuando se vieran obligados a caminar por lugares desérticos, sin la protección de aquellos grandes hongos que podían cubrirlos con sus sombrillas, quedarían visibles a los ojos de los paja-

rracos que no cabía duda eran carnívoros y podían pasarlo francamente mal.

Observaba con atención el exterior por si se presentaba alguna nueva forma de vida, por fantástica que ésta fuera, porque ya algo más fantástico que un planeta vivo barriendo a otro muerto, era difícil de encontrar.

Sin embargo, podían presentarse otras formas de vida totalmente desconocidas para ellos, formas ni tan siquiera imaginadas, pero no sucedía nada, todo estaba quieto y tranquilo, tan calmado qué había que buscar en la perspectiva la realidad de lo que estaba viendo con sus ojos.

De otra forma, le habría parecido que aquello no era más que un cuadro pintado por un artista de mente desbordada, casi desquiciada.

De pronto, a su espalda oyó un leve ruido, apenas perceptible.

Instintivamente, tomó el contundente hueso por uno de sus extremos y se volvió con rapidez, presto a defenderse.

Mas, no hizo falta. Tras él no había ningún enemigo.

—Oriana...

La joven le pidió silencio colocando el dedo índice ante sus labios.

Después, se sentó junto a él.

—Sería mejor que durmieras un poco más.

—No tengo sueño. La verdad es que lo poco que he dormido ha sido horrible, ha estado plagado de pesadillas.

—Estamos en un mundo caótico.

—Sí, pero no podemos acusar a nadie, excepto a nosotros mismos.

—¿No le guardas rencor al extraño ser que nos ha depositado en este maldito planeta?

—El se explicó claramente. Nos estaba salvando, ofreciéndonos una oportunidad para sobrevivir.

—Pues me temo que en este extraño planeta hay muy pocas posibilidades de sobrevivir.

—Pues hemos de hacerlo. Nosotros somos el fin de una especie

evolucionada, pero podemos ser la continuación. Nos brindan esa oportunidad y debemos de aprovecharla.

—¿De verdad crees que nos reintegrarán a la Tierra?

—Sí, si nos lo ganamos.

—¿Y cómo supones tú que debemos ganárnoslo?

—Bertini tenía una idea al respecto y ahora que él ya no está, creo que estaba acertado.

—Me intrigas. Oriana. ¿Qué pudo decirte Bertini?

—Dijo que ninguno de nosotros se salvaría.

—¿Ninguno?

—Así es. Hizo alusión al pasaje bíblico del Exodo israelita a cuyo frente iba Moisés. Ninguno de los que partieron llegaron al final del viaje para ver la tierra prometida.

—Sí, fue un castigo divino,

—En este caso, quien nos ha traído aquí no es Dios ni mucho menos, sino esa Federación de Galaxias cuya existencia desconocíamos.

—Sí, la ignorábamos porque, según el ser que nos ha transportado y que podríamos

llamar nuestro ángel tutelar, no estábamos lo suficientemente evolucionados para estar a su altura.

—Bertini dijo que al igual que en el Exodo de los hebreos, sólo regresarán a la Tierra nuestros descendientes para proseguir la evolución de la especie humana.

—¿Nuestros descendientes? Eso quiere decir que estamos obligados a procrear.

—Sí, eso parece. —Oriana respiró hondo antes de proseguir—. Bertini quiso ser parte de esa procreación.

—No me digas que te propuso..

Aunque Hut Zardall no concretó plenamente la pregunta, Oriana la dio por entendida. Desvió su rostro hacia el exterior de la caverna y asintió con la cabeza.

—Pobre hombre, quiso perpetuarse y sólo encontró ¡a muerte, devorado por un ser unicelular, gigantesco como un planeta.

—¿Y qué le respondiste?

—Será mejor no seguir hablando de esto, Hut. Bertini ya está muerto.

—Sí, y uno de nosotros seguirá su misma suerte, puesto que al parecer hemos venido aquí a morir. En nuestras manos está el conservar la especie terrícola, no podemos desaparecer todos hasta que tengamos descendencia.

—Si lo que estamos viviendo no es una pesadilla, me he convencido también de que nuestra misión, por encima de ninguna otra, es buscar y conseguir la descendencia. Debemos apartar de nosotros el egoísmo natural que todos sentimos en pro de una vida futura para nuestros descendientes, para que sean regresados al planeta Tierra.

—Creo que el hombre del planeta Tierra, a cuya especie pertenecemos, ha cometido a lo largo de su historia demasiadas equivocaciones. Somos violentos y agresivos, soberbios y despóticos. Hemos llegado a convertir nuestro hábitat en un campo de batalla total por el enfrentamiento de dos bloques sociopolíticos antagónicos, y lo curioso es que aquí estamos representados los dos bloques, en especial Cordiev y tú, por un lado, y Mia Stevens y yo por el otro,

—Queda el doctor Devoir que pertenece a Occidente y ello desnivela la balanza.

—Deberíamos tomarle a él como complemento neutral, no creo que tenga problemas políticos.

—Si es tal como dices, formaríamos dos parejas opuestas.

—Eso sería como perpetuar aquí las diferencias que han hecho que la humanidad se extermine.

—Pues, sólo queda una solución —opinó la joven.

—¿Cuál?

—Casarnos los cuatro, pero con las ictiologías cruzadas. De este modo, ninguno de los hijos sería nato de un sistema.

—Sí, eso sería lo mejor.

—Brindaría la oportunidad de ser más humanos al no pertenecer a una clase ni a otra.

—Pero ¿y el amor? ¿Qué hacemos del amor? ¿Hemos de unirnos para garantizar nuestra sucesión sin tener en absoluto en cuenta al amor?

—No, y creo que el amor es fundamental y si lo dejáramos a un lado, podrían originarse graves problemas en lo que estamos planeando. Si tú amas a Mia,..

—¿Por qué he de amar a Mia?

—No sé, ya os conocíais... Habéis sido educados en el mismo sistema. Además, es bonita, joven y...

No pudo continuar.

Ya Hut Zardall la había rodeado con su brazo y atrayéndola hacia sí la besaba profundamente en los labios, un beso que la cogió por sorpresa, pero al que se entregó con toda la fuerza de su juventud.

Unos ojos se abrieron para observar lo que estaban haciendo, unos ojos que se humedecieron ligeramente.

Eran los de Mía Stevens, que veía esfumarse su ilusión de convertirse en la compañera de Hut Zardall.

El doctor Devoir se rascó la cabeza tras escuchar todos los razonamientos del grupo. Al fin, manifestó:

—Sí, es una posibilidad.

—La
única —
remachó
Oriana.

Cordiev
objetó:

—Si las mujeres quedan encinta, tendremos más
dificultades para viajar. Zardall también dio su
opinión.

—Creo que tenemos la ineludible obligación de perpetuar nuestra
especie. Es fácil
suponer que hemos sido traídos aquí para que en medio de dificultades, problemas, agobios y dolores tengamos descendencia. Esta puede ser nuestra pequeña redención.

—Bueno, me temo que por razón de edad y selección de especie,
yo quedo al margen
—expresó con cierto pesar el doctor Devoir—. Después de todo, por ley biológica, si yo quisiera a una de las hembras, cualquiera de los dos machos que tengo como rivales me aplastarían con facilidad porque están preparados para la lucha y yo no.

—Usted, doctor Devoir, puede ser útil de otra forma. Además, podría constituirse como el padre de nuestra pequeña comunidad de supervivencia.

—De acuerdo, de acuerdo, no tengo más remedio que aceptar el papel que el destino me impone y la verdad, viendo a las dos bellezas que tengo delante, debo confesar que mi papel en este juego no es el que más me agrada.

Sonrió y añoró con más fuerza la pipa para fumarse un poco de tabaco. Se preguntó si en aquel maldito planeta encontraría algo que se asemejara al tabaco y en voz alta, casi con un gruñido, rezongó:

—Me temo que terminaré fumando hongos. ¿Qué tal sabrán?

—Pero ¿qué dice, doctor Devoir?

—Nada, nada, Oriana, cosas mías. Por cierto, ¿cómo os vais a emparejar? Eso siempre resulta algo complicadillo.

Mia Stevens se apresuró a decir:

—Podemos echarlo a suertes.

—¿Un aparejamiento realizado al azar? —preguntó Cordiev. Oriana Mayevna, seria, un tanto pálida, protestó:

—Lo que vamos a hacer es demasiado importante para dejarlo en manos del azar.

—¿Qué es lo que usted propone, doctor Devoir, puesto que nos hemos impuesto la obligación de emparejarnos como si estuviéramos en una granja de reproducción?

—Cordiev, esto es demasiado trascendental para verle paralelismo. Por mi condición

de médico conozco bien la fisiología y la psicología de los hombres y mujeres. No soy ginecólogo, pero es caso sabido que el hombre está casi siempre dispuesto para convertirse en padre de lo que venga, siempre que la mujer no sea un adefesio, es decir, no tiene problemas de frigidez como la mujer, salvo que sea un caso sexopático. En cambio, la mujer...

-—Bueno, la mujer puede ser madre de hijos concebidos de un hombre al que no ame —observó Mia Stevens.

—Eso es cierto, y la prueba está en tantos y tantos matrimonios de conveniencia, pero instintivamente, esas madres rechazan al hijo nacido de un hombre al que no aman o, por el contrario, lo miman desmesuradamente, como si pretendieran encontrar en el hijo todo el amor que no han hallado en su compañero, lo cual también es perjudicial para la criatura. Lo ideal es un amor mutuo en la pareja adulta que se compense totalmente. Luego, los hijos son mucho más equilibrados. No vayan a olvidar que de estos aparejamientos han de salir los nuevos terrícolas, que no deben de volver a caer en las mismas torpezas que nosotros. Las dos parejas deben de amarse y entregarse plenamente a ese amor para que salga un excelente fruto. Hemos de dejar en herencia lo mejor que podamos de nosotros mismos, claro que esto es un decir, pues lamentablemente para mí, yo me excluyo de esto. Habiendo un par de especímenes masculinos como los que tengo delante, no tengo nada que hacer.

—Usted puede ser quien dé validez a esta ceremonia doble, doctor Devoir —dijo Hut.

—Sí, daremos ceremonia al asunto y refiriéndome a lo de antes...

—¿A qué, doctor? —preguntó Oriana.

—Pues ya que no hay tiempo para cortejos, pues suponemos que cuanto antes haya descendencia antes será el regreso a la Tierra, con nosotros o sin nosotros, la elección debe de ser rápida y definitiva, pero antes quiero tomarles su palabra a los cuatro.

—¿A qué palabra se refiere? —preguntó Cordiev.

—Muy sencillo. A que los cuatro se comprometan a respetar el emparejamiento que ahora se decida, porque puede que algo no salga a gusto de los cuatro y alguien quede un tanto frustrado, pero en bien de los demás, deberá aceptar el resultado. —Hizo más grave y ceremoniosa su voz para añadir—: Estamos decidiendo el futuro de la vida humana en la Tierra, estimo que merece algún sacrificio.

—Le doy mi palabra, doctor Devoir —dijo Zardall, siendo el primero en aceptar.

—Y yo la mía —le siguió Alejo Cordiev.

Mia y Oriana también dieron sus respectivas palabras, aunque bajo aquella aparente firmeza, los cuatro estaban indecisos. Ignoraban lo que el destino iba a depararles.

—Puesto que yo en todo esto no tengo arte ni parte y bien que lo siento... —Devoir acarició con su mirada a las dos jóvenes, bellas e inteligentes, las cuales le sonrieron con comprensión y benevolencia — que sean las féminas las que decidan.

—¿Las mujeres? —repitió Cordiev sin poder evitar que su ceño se frunciera.

—Sí, las mujeres. Será la forma para que la entrega sea más completa y luego, en la herencia, haya amor y no odio ni violencia. Deberíamos de crear una nueva raza que no cometiera los mismos errores que nos han traído hasta este lugar inmundo y ponzoñoso.

—Pero ¿quién será la primera en elegir? —preguntó Mia nerviosa.

—Eso lo sabremos pronto. Utilizaremos el mismo sistema de los pedacitos de astilla de

hueso como hicimos para los turnos de vigilancia.

El médico se inclinó por el suelo y cogió algo. Puso sus manos a la espalda y al fin sacó una de las manos cerradas, mostrándola a las chicas.

Cordiev y Zardall quedaron un paso atrás, en suspenso.

—¿Cuántos pedacitos tengo, uno o dos? La que acierte escoge primero. Mia miró a Oriana y ésta dijo:

—Uno.

—Pues a mí no me resta más que decir dos —casi balbució Mia.

El doctor Devoir puso la palma de su mano al descubierto, mostrando su contenido.

—Dos. Mia tiene el derecho de ser la primera en elegir. Se produjo un tenso silencio.

Mia Stevens inclinó la cabeza y cerró los ojos para meditar. Aquélla iba a ser la decisión más importante de su vida.

Todos respetaron su quietud y su silencio, nadie la apremió lo más mínimo.

Al fin, despacio, giró sobre sí misma y se encaró con Hut mirándole profundamente. Sus pupilas se humedecieron.

—Hut, gracias por ser un excelente compañero.

Luego, tendió su mano hacia Cordiev y su diestra se cruzó con la del hombre moreno. De inmediato, Oriana estiró su mano hacia Hut Zardall, enlazándose también.

—¡Magnifico! —aplaudió el doctor Devoir—. El emparejamiento no ha podido ser más idóneo. Un hombre moreno con una mujer rubia, y un hombre rubio con una mujer morena. Cruces perfectos para perpetuar ambas especies, pero por encima del color del cabello, está la educación de las dos parejas, la fusión de los dos bloques por partida doble, cuando su separación drástica ha sido la que ha originado la guerra apocalíptica en la Tierra. Es una gran lección para el futuro y para esa Federación de Galaxias. De este modo comprenderán que estamos arrepentidos de nuestro comportamiento y que deseamos mejorar.

—Ahora, doctor Devoir, ya que estamos emparejados, ¿por qué no nos casa? Así no nos sentiremos como animalitos de granja —dijo Oriana.

—Por supuesto que sí. No recuerdo bien todas las palabras de la ceremonia al uso, pero da igual; después de todo, los cuatro no sois de la misma ideología.

Cogidas las dos parejas respectivamente de sus manos, se colocaron frente al médico

que, pidiendo a Dios Todopoderoso que iluminara y bendijera aquella ceremonia, les pidió su aceptación.

Los cuatro dieron el “sí" y al final de la breve ceremonia, el doctor Devoir exigió:

—Quiero ser el primero en besar a las dos novias y desearles felicidad y una buena maternidad.

Ellas rieron y besaron al mismo tiempo las dos mejillas del galeno.

—Magnífico y ahora, muchachos, que no se diga... Recordad que todavía quedo yo para ocupar el puesto del que no sirva.

Todos se echaron a reír ante la salida del doctor Devoir, que en el fondo estaba en lo cierto.

CAPITULO
VIII

Con la experiencia que ya tenían del tipo de suelo de aquel planeta orgánico y podrido, evitaron las zonas más blandas y caminaron sobre las costras resecas y duras, siguiendo el curso de las aguas.

Tuvieron que soportar dos tormentas más, tan repentinas como la primera, aunque menos violentas y, viendo hacia donde se dirigían las aguas, siguieron adelante.

Descubrieron pequeños cráteres por los que escapaban calientes y hediondos vapores que rehuyeron. Eran los gases de la descomposición interior de aquel enorme monstruo unicelular sobre el que caminaban como vulgares parásitos.

Hallaron líquenes y hongos de las más variadas clases, pero no encontraron por parte
alguna plantas verdes ni pequeños animales con los que poder alimentarse.

En las ya varias semanas de viaje, sólo vieron algunos gusanos a distancia, en los lugares donde el suelo era más blando.

Aquellos seres repugnantes no se aventuraban a salir a suelo duro, pues consideraban que se hallaban en desventaja frente a cualquier ataque.

En una ocasión descubrieron un auténtico nidal de gusanos. Vistos a distancia, semejaban un hervor.

Decidieron dar un largo rodeo para no ser descubiertos, pues aquellos gusanos, en cantidad, podían ser funestos para ellos,

De pronto, a lo lejos, descubrieron como un mar azul oscuro. Fue Oriana quien gritó:

—¡Agua, es agua, ya no tendremos que saciar nuestra sed exprimiendo hongos!

—-Esperemos que ese agua sea buena para nuestra salud, podría estar emponzoñada
—dijo el doctor Devoir.

Hut Zardall gruñó:

—Si tuviéramos medios para hacerla hervir y desinfectarla. ..

—'Por el momento, aún no hemos conseguido el fuego —le objetó Alejo Cordiev.

—No desesperemos, todavía tenemos probabilidad. Hay que encontrar restos de hongos y líquenes lo suficientemente secos para que puedan prender.

—Si logramos el fuego, trataremos de mantenerlo siempre encendido. Acercaremos hongos troceados que con el propio calor

se irán secando y luego servirán para seguir alimentando la fogata —dijo Devoir.

Cordiev, más pesimista, rezongó:

—Eso será si cuando consigamos el fuego no viene una de esas tempestades que aquí son tan repentinas y nos lo apaga.

—Convendría encontrar una caverna cerca del lago. Esas grutas o puntos de respiración de la célula a través de la membrana exterior o cáscara, no son raras. Por algunas brota la ponzoña del interior de este planeta-célula, pero otras están cegadas y sirven muy bien como refugio.

Descendieron por una especie de ladera que terminaba en aquel lago o mar, cuya extensión se perdía a la vista de los terrícolas.

Al descender, lo hicieron internándose en una especie de bosque de hongos blancos, no excesivamente altos.

Los de mayor elevación podían ser alcanzados sus casquetes con la mano, pero aquellas sombrillas eran mucho más anchas.

Mia Stevens, observando unas vetas azuladas que aquellas setas tenían en su tallo, dijo:

—Es mejor no probarlas, tienen aspecto de ser venenosas.

—Por si acaso, en esta ocasión no haré la prueba —dijo Hut Zardall.

Y siguieron bajando por la ladera, cuando de pronto llegó hasta ellos un ruido que era una mezcla de rugidos y graznidos.

Quedaron en suspenso, preguntándose qué podía ser aquello.

Continuaron descendiendo entre los hongos gigantes hasta que en una especie de claro de aquel bosque descubrieron una lucha feroz, una lucha a muerte, una lucha sin concesiones.

—Es el pajarraco que vi —observó el médico, impresionado.

—El otro ser, sin duda alguna, es hermano del esqueleto que hallamos —dijo Zardall. Eran dos fieras agrediéndose brutalmente a golpes, dentelladas y picotazos.

Aquel ser, que se les parecía en muchas de sus características, pese a ser más alto y corpulento, tenía unas enormes mandíbulas, diez veces mayores que las de Zardall, y armadas de fortísimos y agudos dientes.

Aquel pajarraco estaba entre un mamífero quiróptero, como un murciélago terrestre, y el pterodáctilo antidiluviano, mitad ave, mitad reptil.

La lucha encarnizada, en medio de rugidos y graznidos, terminó cuando el bípedo humanoide logró sujetar al enorme y fuerte pajarraco carnívoro.

Le atenazó el cuello con sus mandíbulas, amplias y circulares, que como un enorme cepo se cerraron alrededor del cuello de su enemigo, partiéndolo en parte.

La sangre saltó a borbotones, salpicándole la cara, pero volvió a morder y dejó totalmente decapitado a su enemigo, que cayó al suelo dando sacudidas espasmódicas, preludio de la danza de la muerte.

—Fijaos —observó Oriana Mayevna—, tiene vestiduras.

Devoir opinó:

—Creo que es una especie inteligente como nosotros, ignoro hasta qué punto evolucionada, pero es inteligente, no cabe duda alguna. De lo contrario, no se vestiría, es más, aquí no hay forma de hacerse un vestido como el que lleva.

—Entonces, ¿procederá de otro planeta, como nosotros? —preguntó Mia.

—Puede que esté aquí purgando como nosotros el pecado de la

autodestrucción de su especie evolucionada —dijo Zardall—. No hemos de ser tan soberbios de pensar que somos los únicos seres evolucionados y con problemas. Ya nos demostró quien nos trajo aquí que no era así. En el firmamento hay muchos planetas habitados como el nuestro y que van siendo vigilados sin interferencias, pues cada especie evolucionada debe de solventar sus propios pleitos y escoger su destino.

Estaban hablando cuando el extraño ser se volvió hacia ellos,

descubriéndoles.

Aquel humanoide de aspecto monstruoso hizo retroceder de miedo a las dos mujeres y apretar con fuerza sus garrotes de hueso a los hombres.

Estaba ensangrentado y, al parecer, malherido. Las miró con sus grandes ojos amarillos, que destacaban en medio de una piel rugosa y negruzca.

Alzó sus brazos, pero no para agredirles, sino para ofrecerles la

paz, por lo menos así se

lo pareció a los terrícolas. Sin embargo, apenas logró avanzar unos pasos antes de caer de bruces.

—Está herido —musitó Mia. El doctor Devoir dijo:

—No sé qué podremos hacer por él. Aquí no tengo material de cura para heridas tan graves como las que él sufre.

—Pero, algo podremos hacer, ¿no?

—Un momento... Ese puede ser nuestro enemigo. Carecemos de armas eficaces y ya hemos visto de lo que es capaz. Cualquiera de nosotros sucumbiría en una pelea contra él, sólo hay que ver como ha cercenado a dentelladas el grueso cuello de ese maldito pajarraco.

—Cordiev tiene razón, hay que meditar si debemos de ayudarle o no. Ignoramos hasta qué punto es inteligente y lo que luego puede hacernos —dijo Zardall.

—Sometamos a votación si tratamos de salvarle o lo rematamos aquí donde está —propuso Cordiev.

—Bien. ¿Quiénes opinan que hay que curarlo, pase lo que pase después? —interpeló Devoir.

Cordiev añadió:

—Hay un adagio que asegura que “si crías cuervos te sacarán los ojos”, y ese proverbio se ve repetido en fábulas como la del hombre que encontró a una víbora moribunda en la nieve, la protegió y luego ésta terminó asesinando a su salvador. O como dice otro adagio de nuestra civilización, “de fuera vendrán que de casa te echarán”. Todo redunda en lo mismo. El forastero, a la larga, constituye siempre un peligro o quizá más, un problema insalvable.

—Pese a ello, hay que demostrar caridad para con el prójimo —le rebatió Zardall. Oriana también dio su opinión:

—Si un desconocido nos ha salvado a nosotros de morir en la guerra nuclear, siendo inferiores en inteligencia, ¿por qué no aprendemos de su acción y hacemos algo semejante auxiliando a este ser que parece inteligente?

Por su parte, apoyando a Alejo, Mia dijo:

—A mí me inspira terror. Es más fuerte que cualquiera de nosotros y tina vez recuperado, podría ata- canos.

—Está visto que la votación está pareja, dos a dos. Mi voto es decisivo en esta cuestión y como soy médico, siento la obligación ineludible de curarlo y salvarlo, si está en mis manos conseguirlo.

Se acercaron al extraño ser y lo pusieron boca arriba.

Era difícil mantener la mirada sobre su rostro, pues era de una gran ferocidad y fealdad, desde el punto de vista estético terrestre. Sin embargo, ignoraban totalmente lo que podía esconderse dentro de su cerebro.

El humanoide, que yacía inconsciente, tenía heridas profundas y graves.

El doctor Devoir lamentó carecer de medios para curarlo como hubiera sido su deseo, pero aquel ser parecía muy fuerte y resistente. Limpió con sus dedos las heridas y pidió:

—Tenemos que llevarlo al borde del lago y pedir que el agua sea potable. Luego, podríamos hacer tiras de la corteza de un hongo y servirían como vendajes. Incluso, si

escogemos el hongo adecuado, puede que actúe como antibiotizante.

Alejo Cordiev dio una ojeada al pajarraco decapitado y después comentó:

—Tenemos huesos trabajados en forma de cuchillos. No iría mal descuartizarlo y utilizarlo como proteínas cárnicas. Hace mucho tiempo que no nos alimentamos con carne, y no iría mal tener carne lista por si ese menstruo despierta y siente hambre. Con la boca y los dientes que tiene, será bueno complacerle por si acaso.

—Llevemos primero a este ser a la orilla del lago para que el doctor trate de curarlo. Luego, nosotros dos regresaremos a por el cadáver de ese pajarraco. Veremos si encontramos de una maldita vez el medio de encender fuego, puede ser que la carne de esta bestia volante sea demasiado dura.

Entre Alejo Cordiev y Zardall cargaron con aquel ser desconocido y a juzgar por sus ropas, inteligente.

Descendieron por la pendiente plagada de aquellas setas supuestamente venenosas y depositaron al herido junto a las aguas oscuras.

El médico se aproximó y tomó un poco de ella para probarla con recelo, pues al estar depositada sobre aquel enorme monstruo en putrefacción podía hallarse emponzoñada.

—Parece que está bien. Mejor sería hervirla, ya que no disponemos de ningún microscopio para controlarla, pero tenemos que arriesgarnos, es lo único que tenemos.

—Puede que haya un fondo marino, duro e impermeable, como el suelo amarillento. Por ello se acumula aquí el agua de lluvia y no penetra hacia el interior de este gigantesca protozoo.

—Sí, creo que es una buena teoría, Zardall. Esperemos que esto no sea un cultivo de bacterias.

—Mire en aquel lado, doctor —señaló Mia—, Parece un cañavera!.

—Magnífico, vayan y corten leña. Las cañas, si se parten con cuidado, pueden dar de sí filamentos y con los huesos podremos tener agujas con las que coser las heridas de este ser al que pretendemos salvar.

—Nosotros vamos a por el cuerpo del pajarraco, veremos qué se puede aprovechar de él —dijo Alejo.

Zardall asintió.

—Mia, tú y yo iremos a por cañas —indicó Oriana.

Las cañas eran amarillentas, allí no había nada verde. Sin embargo, estaban tiernas. Con las herramientas óseas que tenían,

comenzaron a cortar cañas. Oriana comentó:

—Estas cañas secas pueden arder bien si conseguimos hacer fuego de alguna forma.

—Oriana, tengo que decirte una cosa que aún no he contado a nadie.

—*¿Y* qué es?

—Creo que voy a ser madre.

—¿Estás segura? —preguntó emocionada.

Mia asintió, con un ligero sonrojo en sus mejillas pecosas.

—¡Eso es estupendo!

—Me da miedo de que mi hijo nazca aquí, en este mundo desconocido y podrido, plagado de peligros que nos acechan.

Oriana Mayevna la abrazó con efusión al tiempo que decía:

—Pues ya somos dos.
—¿Cómo, tú también?
—Sí, yo también.
—¿Lo sabe Hut?
—No, no le he dicho nada aún.
—¡Qué alegría, Oriana, qué alegría! Parece que Dios ha querido premiar nuestro interés porque la especie terrestre no muera.
—Ahora debemos de cuidarnos más que antes.
—Es cierto, sería una pena que ahora que el fruto ha germinado pudiera malograrse.
—Por eso es mejor que lo comuniquemos. De este modo, ellos se encargarán de protegernos cuanto puedan. No lo digo para que estemos más descansadas, sino para evitar que nuestra descendencia pudiera perderse.
—Sí, lo diremos. Que por lo menos ellos puedan regresar a la Tierra.
Tras cortar una cantidad considerable de cañas, regresaron junto al doctor Devoir que estaba limpiando las heridas de aquel ser supuestamente inteligente y que había abatido al pajarraco de considerables dimensiones.
Iban contentas, ansiosas de divulgar la grata noticia que habría de alegrar a los hombres cuando sucedió algo horrible, algo que no habían previsto.
Como si hubiera estado agazapado bajos las aguas, esperando el momento adecuado, brotó una enorme bestia que, a juzgar por su aspecto, por el largo de su boca dentada y su larga cola, era un hidrosaurio.
Tenía bastantes diferencias con los cocodrilos o caimanes terrestres, pero también se les parecía mucho, aunque aquel animal tenía una especie de cresta serrada que nacía en la cabeza y terminaba en la mismísima cola, dándole un aspecto fabuloso.
El doctor Devoir tuvo tiempo de saltar hacia atrás para no ser atrapado, pero aquella bestia anfibia cogió con sus fauces el cuerpo del humanoide al que trataran de salvar y se lo llevó al agua como presa, desapareciendo en las profundidades azul oscuras, casi negras.
Todo sucedió con terrible rapidez y al poco, apenas quedaban unas ondas en la superficie del agua quieta, arremansada.
Zardall y Cordiev, que venían cargados con la bestia voladora decapitada, presenciaron lo ocurrido y gritaron a las dos mujeres para advertirlas del peligro que corrían.
—¡Apartaos del agua, apartaos!
Ambas se alejaron corriendo cuando tres bestias más, semejantes a la que se había apoderado del humanoide, intentaban

atrapar a las mujeres que soltaron las cañas para huir.

Pero aquellos saurios no resultaban nada torpes desplazándose fuera del agua.

Zardall y Cordiev corrieron armados con sus garrotas y teniendo al cinto improvisados puñales de hueso, afilados convenientemente.

Para salvar a las que eran sus esposas, se enfrentaron a los hidrosaurios que resultaron violentísimos.

El doctor Devoir se reunió con las mujeres para protegerlas en lo posible mientras

Zardall y Cordiev luchaban a muerte con las fieras anfibias.

Aquellos huesos, utilizados como armas improvisadas, surtían su efecto al tiempo que

las garrotas golpeaban con dureza y repetidamente las cabezas de las bestias

El arma de Cordiev se partió y al vacilar el hombre, se vio atrapado por una de las largas dentadas bocas. Lanzó un alarido de dolor.

—¡Hut, Hut, se lo lleva! —gritó Oriana.

Hut Zardall saltó ágilmente por encima de una de aquellas voraces bestias brotadas de las profundidades de lo que parecía un lago pacífico. Posiblemente, aquellas fieras se alimentaban de gusanos y otros animales que, como ellos, se acercaban incautamente a las orillas.

Hut Zardall golpeó con dureza la cabeza del saurio, pero tenía una piel muy dura y aguantaba. Otra de las bestias trató de cazarle por la espalda.

El doctor Devoir gritó, advirtiéndoselo:

—¡Vigile su espalda!

Cordiev aullaba de dolor intentando librarse de aquella boca que había hecho presa en él, cuando Hut tuvo que revolverse y golpear en mitad del hocico a una de las bestias que dio un brinco sobre sí misma, acusando el dolor.

Después, sacando uno de los improvisados puñales de hueso, se lo hundió hacia el cerebro a través de uno de los ojos.

El saurio, tras dar unas sacudidas, derribando a Hut con uno de los coletazos, quedó quieto, inmóvil. La herida había sido mortal de necesidad.

Cuando Hut quiso volver en ayuda de Cordiev, ya era tarde.

El hidrosaurio que lo había atrapado se sumergía en las aguas, llevándose a su presa ante los horrorizados ojos de Mia, Oriana y el doctor Devoir, que nada pudieron hacer para impedirlo.

CAPITULO
IX

Pesando sobre todos ellos la trágica muerte de Alejo Cordiev, entre las fauces de aquellos hidrosaurios, tan feroces como rápidos, en las semanas siguientes se desplazaron a lo largo de la orilla del lago o mar cuya extensión desconocían.

Como lugar habitable, eligieron un bosque de hongos gigantes de la especie que ya habían comprobado que eran comestibles, tanto sus esporas como la carne vegetal.

El lago les quedaba cerca, pero la pendiente que conducía a él era muy abrupta. Si bien allí no podía hablarse de rocas como tales, sí existían protuberancias que les protegerían de un asalto masivo de los feroces hidrosaurios, que en un momento dado podían salir de las aguas y atacarles,

El doctor Devoir, pacientemente, había aprovechado un tallo de hongo, vaciándolo con cuidado para no perforar su fondo. Lo había sacado y reforzado con hojas amarillas de cañas tiernas; de este modo, había confeccionado varios cubos con los que recogían el agua sin exponerse demasiado.

Con sus toscas herramientas óseas, Hut Zardall había taladrado algunos de los grandes hongos. Había cortado los gigantescos tallos y atravesándolos con cañas en forma de cosidos, había construido una cabaña habitable sobre un suelo duro e impermeable.

El techo de aquella cabaña de troncos de setas gigantes lo había confeccionado mediante las enormes sombrillas, puestas con ligera pendiente. La rudimentaria choza había dado buen resultado, pues varias tormentas que se abatieron sobre ellos no habían llegado a perjudicarles lo más mínimo al quedar bien guarecidos dentro del hábitat.

Lo que notaban a faltar era el fuego.

Hut Zardall y el doctor habían cortado el máximo de cañas y hongos, acumulándolos de forma que se fueran secando por sí mismas para luego tener material seco que ardiera con facilidad.

El embarazo de las dos mujeres adelantaba normalmente.

Con ellas se tenían los máximos cuidados y habían observado que Mia Stevens engordaba algo más aprisa que Oriana Mayevna

El doctor Devoir las vigilaba atentamente; no en vano el fruto que debía de nacer sería la supervivencia de la raza inteligente terrícola.

Con gran esfuerzo, unos meses antes, habían consumido la carne del pajarraco muerto por aquel humanoide inteligente del que ya jamás sabrían nada. Posiblemente, había sido confinado también en aquel maldito planeta podrido y había tenido peor suerte que ellos, de lo que se deducía que el representante de la Federación de

Galaxias no intervendría en absoluto en el destino que ellos mismos se forjaran.

El quiróptero o casi pterodáctilo, pues era difícil catalogar a aquel espécimen volador, ya que en la Tierra no habían visto jamás nada semejante, había demostrado tener unos huesos duros, con los cuales, una vez limpios, Hut Zardall había confeccionado nuevas armas.

Utilizando especialmente las dos partes duras y puntiagudas del pico, había realizado dos hachas, al sujetarías bien a huesos con cuerdas vegetales que habían elaborado las dos mujeres.

La supervivencia allí era muy dura y difícil, pero estaban seguros de que sería limitada.

Aunque ellos padecieran, lo importante era que el fruto que debía de nacer se salvara.

Los días, si es que se podía contar por días, pues jamás habían visto la noche y de no ser por sus relojes no habrían sabido cómo transcurría el tiempo, eran monótonos, iguales.

Procuraban no alejarse en exceso de la cabaña hecha de troncos y sombrillas de gigantescos hongos por los peligros que pudieran presentarse.

No habían divisado ninguna estrella y miraban al cielo con cierta nostalgia.

Sólo habían visto pasar, en ocasiones lejanos y otras muy cercanos, a aquellos otros planetas monstruosos, pero vivos y no podridos como el que estaban habitando.

Los fabulosos planetas de materia orgánica, seres unicelulares sin cerebro, a veces pasaban rozando el planeta muerto, absorbiendo con sus millares de pseudópodos o tentáculos los parásitos del mundo muerto y que a él le servían como alimento una vez embolsados en su citoplasma, dentro del cual flotaba el enorme núcleo, como la yema de los huevos en medio de la clara.

Habían escapado a los terribles barridos porque aquellos planetas no solían absorber las aguas y ellos se hallaban muy próximos al lago, encima de una especie de acantilado, pero el rumor que producía el roce de un planeta con otro, desmantelaba por completo bosques enteros de hongos gigantescos y la cabaña tuvo que ser reparada en diversas ocasiones, como si estuvieran sometidos al movimiento devastador de un seísmo terrestre.

Las dos mujeres trataban de tener calma y serenidad ante todo lo fantástico y sorprendente que las rodeaba. Sería funesto caer presas de histerismos cuando su estado de gestación era ya tan avanzado.

La comida era muy monótona y el doctor Devoir se mostraba preocupado por las mujeres. Temía que aquella alimentación que no podía analizar resultara insuficiente para sus necesidades fisiológicas.

Estaban fuera de la cabaña cuando vieron aparecer algo rojo en el cielo que les llamó la atención.

—¿Qué es eso? —preguntó Mia.

—Pudiera ser una nave —repuso el doctor.

—No, no es una nave —puntualizó Zardall—. Es una especie de meteorito y parece ser atraído por la gravedad de este planeta podrido.

—Pues, eso que cae está en ignición —dijo Oriana.

—Y se nos viene encima... —gruñó el doctor Devoir. Hut

Zardall propuso:

—Creo que lo mejor será estarse quietos

—Quietos, ¿y si nos aplasta?

—No sabemos en qué punto va a caer, no tenemos aparatos de medición. Además, eso va a ocurrir de un instante a otro.

El meteorito se había introducido en la atmósfera comunitaria donde vivían los gigantescos seres unicelulares que en sí mismos constituían verdaderos astros a juzgar por ¡Su tamaño y gravedad.

El meteorito, atraído por la gravedad del planeta en descomposición, aumentó su velocidad y con el roce de la atmósfera que alrededor del planeta era más densa, se puso

incandescente.

Semejó una bola de fuego rojo blanca que se les venía encima.

No se movieron del lugar donde se hallaban. Tal como pidiera Hut, permanecieron quietos, aguardando.

Cuando semejaba que iban a perecer, se produjo el impacto contra aquel suelo que formaba la membrana o corteza endurecida del planeta podrido, y que resultó de una profundidad considerable.

La vibración del impacto, que se transmitió en todas direcciones por el suelo, les hizo caer y desmoronó parte de la cabaña.

Incluso, las aguas cercanas al acantilado se agitaron, pero pasado el primer susto, se miraron los unos a los otros, comprobando que los cuatro estaban vivos.

—¡Alabado sea el Señor, también hemos escapado de ésta!

Tras las palabras del profesor Devoir, Hut Zardall se puso en pie rápidamente.

—Observe a las mujeres por si han sufrido daños —pidió al médico—. Yo voy a ver qué ha hecho ese meteoro.

—De acuerdo, pero con la velocidad y la temperatura que llevaba, posiblemente se habrá introducido muy hondo en este maldito planeta. Es un consuelo, porque algunos de los gusanos que viven en el interior morirán asados.

—¡Esa es la palabra justa, doctor, asados!

—¿Qué le ocurre, Zardall? No le entiendo. Zardall ya no podía responderle.

Había echado a correr hacia el punto donde el meteoro había hecho su impacto y que no estaba lejos de la cabaña.

Se asomó al cráter abierto por el meteoro y observó que no estaba muy profundo, quizá a un centenar de pies. Allí, la costra del planeta parecía más dura y gruesa, lo que había impedido que el meteorito se hundiera en las profundidades del Protozoo gigante, llegando al mismísimo núcleo.

Del interior del pozo brotaba un intenso calor y humo.

Posiblemente, las paredes del pozo horadado por la caída del meteorito se estaban carbonizando a causa del calor y terminarían formando unas paredes carboníferas.

A Hut le brillaron los ojos.

Tuvo una idea repentina y decidió ponerla en práctica de inmediato por si salía bien. Corrió en busca de las cañas cortadas y los pedazos de hongo, ambos bastante secos.

Cargado con todo ello, se acercó al pozo y lo arrojó a su interior, aguardando.

A los breves momentos emergió por el cráter una columna de humo blanco primero y negro después. Miró hacia el fondo y vio que lo que había echado ardía.

—¡Fuego, fuego! —gritó.

A sus gritos acudieron el doctor y las dos mujeres.

—¿Qué ocurre? —preguntó el médico.

—¡El meteorito ha venido al rojo vivo y está ahí abajo, a escasa profundidad! Arrojándole materia orgánica seca, arde. De este modo hemos conseguido el fuego y si lo cuidamos, éste será nuestro homo.

—Pero, si vienen las lluvias, lo inundarán y apagarán —objetó Oriana.

—Pondremos varios tallos de hongos y una gran sombrilla encima, a modo de paraguas

por si llueve que no se inunde y también le haremos un borde para que las aguas no penetren en su interior. Ya que tenemos un horno, hay que cuidarlo, mimarlo y alimentarlo.

En principio, fueron arrojando todo lo que tenían cortado para mantener aquel fuego que casi resultaba sagrado para ellos.

Más tarde, construyeron la sombrilla, sostenida por tallos gruesos de hongos. Cuando lo tuvieron asegurado, Mia preguntó:

—¿Y ahora, para qué nos servirá?

—Para comer caliente. Todo lo que colguemos sobre la vertical del pozo, por ejemplo, de la sombrilla, se calentará e incluso asará. Doctor, tendrá que confeccionar recipientes.

—Ya lo intento, pero los tallos de las setas no son demasiado resistentes.

—Pues buscaremos otros.

—¿Dónde?

—Yo los buscaré donde sea, doctor. Si no regreso, cuide de ellas. El fruto que llevan dentro de sus cuerpos es la humanidad del futuro.

—Cuidaré de ellas, pero no se arriesgue inútilmente. Usted es tan necesario como los demás.

Mayevna le miró y dijo:

—Puede que tenga bien el hijo que ha de nacer, pero una mujer puede dar a luz varios hijos. Si queremos que se garantice la reproducción de la especie, debes de estar aquí.

—Entiendo, procuraré que no me maten.

—Explícanos por lo menos cuál es tu plan.

—Voy de caza.

Al decir aquello, tomó dos cuchillos de hueso y un hacha compuesta de un fémur y de la parte superior del pajarraco muerto, que era bastante grande y punzante.

—¿De caza, adónde? Aquí no hay animales, nos hemos alimentado de esporas y carne de hongo. ¿Qué vas a cazar? —le preguntó Oriana, intrigada.

—Ya lo veréis, si tengo suerte.

Sin querer dar más explicaciones, armado como algún ancestro troglodita, Hut Zardall descendió por el acantilado hasta lo que se podía considerar playa.

Comenzó a caminar cerca de las aguas, sin perderlas de vista, vigilando con mucha atención y con los músculos tensos, siempre

dispuestos a saltar.

Se acercó más a la orilla y chapoteó. Luego, siguió andando.

Sabía que el chapoteo de sus pies produciría ondas sonoras en el agua y esperaba que fuesen captadas.

De pronto, vio que la superficie del lago se movía, no muy lejos de donde él estaba. Dispuso su primitiva hacha y siguió caminando como para inspirar confianza a su enemigo. Aquella sería una lucha a muerte, una lucha por la supervivencia.

De pronto, brutal y agresivo, emergió uno de los hidrosaurios que devoraran a Cordiev. Se lanzó sobre Hut Zardall, pero éste le aguardaba.

Saltó por encima de las fauces de la bestia y descargó un fortísimo golpe con su hacha entre los ojos de la fiera que acusó el impacto.

Era una pelea primitiva en la que el animal tenía la superioridad de la fuerza y el hombre la de su inteligencia, la astucia y también la agilidad.

El hidrosaurio rugió tratando de atraparle con sus largas y dentadas mandíbulas que batía rápidamente, en todas direcciones, mientras su cola intentaba golpear al hombre.

Hut vio como las fauces de la bestia ansiaban atraparle para sumergirlo en las aguas abismales y allí devorarlo a placer.

Tenía que luchar en su contra y rápidamente, antes de que aparecieran más hidrosaurios como aquel y tuviera que alejarse corriendo hacia el bosque de hongos.

Descargó varios golpes más en la brecha ya abierta entre los ojos del monstruo con el hacha de punta aguda y al parecer muy resistente.

Al fin, la fiera se vio vencida. Dio media vuelta y quiso regresar a las aguas para morir dentro de ellas mientras sangraba abundantemente, pero el hombre le atrapó por la cola poniendo en ello toda la fuerza de que era capaz, todo lo que podía dar de sí para que la bestia no se internara en las aguas donde quedaría fuera de su alcance.

El saurio arañaba el suelo con sus patas armadas, de zarpas para impulsarse hacia el lago, pero perdía fuerza, su cerebro estaba partido y la sangre brotaba con profusión por sus heridas.

Durante interminables minutos, Hut Zardall logró impedir que la fiera avanzara hacia las aguas.

El hombre sudaba copiosamente. Era una pelea desigual, pero él no luchaba por sí mismo sino por toda la especie humana.

Poco a poco, comenzó a ganarle terreno, arrastrando al saurio lejos de las aguas que debían de constituir su medio idóneo.

Mientras, seguía elevándose una columna de humo oscuro del cráter abierto por el meteorito.

Habían conseguido prender fuego y era alimentado con los restos de hongos y cañas que habían arrojado al interior del pozo. Aquel fuego costaría de cuidar, pero si evitaban que se apagase, tendrían el calor necesario para alimentarse en caliente, hervir agua y asar las carnes de la bestia que Hut acababa de cazar.

No precisarían volver a pasar por la desagradable experiencia de engullir proteínas crudas y durísimas, procedentes del ave-reptil decapitada por el humanoide que habían encontrado y tratado de salvar sin éxito.

Pero en aquel instante, algo desagradable maligno y terrorífico estaba a punto de suceder en la cabaña donde aguardaban las dos mujeres en avanzado estado de gestación, algo que en la arriesgada cacería (en la que él mismo se había constituido en cebo) Hut Zardall ignoraba, ni siquiera sospechaba.

CAPITULO X

Las dos mujeres se hallaban dentro de la cabaña, un tanto desmoronada por la onda vibratoria causada por el impacto de la caída del meteoro, cuando escucharon un ligero ruido en la puerta.

Oriana preguntó:

—¿Es usted, doctor? Mia no se encuentra muy bien.

Al volverse, experimentó tal terror que ni siquiera salió un grito de angustia o pánico de su garganta.

Mia giró lentamente. Al ver aquello, sus ojos se agrandaron por el espanto.

El monstruo ocupaba toda la puerta, impidiéndoles la huida. La cabaña se había convertido en una trampa.

Allí estaba aquel ser horripilante mitad reptil mitad pájaro, de color marrón oscuro, sin plumas y con un gran pico que ya conocían muy bien. Tenía las alas plegadas y se sostenía sobre unos pies armados de fuertes garras. Visto así de pie, su estatura era superior a la del mismísimo Hut.

El monstruo alado las observaba con sus grandes ojos rojizos y las dos mujeres tuvieron la desagradable impresión de que las contemplaba con cierta satisfacción.

Aquel ser parecía poseer un cerebro algo inteligente y estaba saboreando su triunfo, el hallazgo tan importante que acababa de realizar. Las dos mujeres, y más en su estado, serían presas fáciles que saciarían lentamente sus necesidades de alimentación.

Aquella mirada, maligna y algo inteligente, las hizo temblar y gritar, porque de súbito, ambas gritaron al unisonó.

La bestia alada lanzó un fuerte graznido gutural al tiempo que su boca dejaba escapar una vaharada caliente y apestosa.

Mia y Oriana, apretadas la una contra la otra, siguieron gritando en demanda de auxilio.

De pronto, el pajarraco sintió un agudo golpe en la espalda que le hizo tambalear hacia delante.

Mia y Oriana temieron que se les echara encima para matarlas con aquel enorme pico, pero la bestia se revolvió hacia atrás para enfrentarse a quien le había atacado.

Tras ella estaba el doctor Devoir con una de las hachas confeccionadas por Hut Zardall. El médico sé enfrentó a la fiera, pero el pico de ésta resultó muy contundente y tras golpear al hombre en el pecho, lo derribó al suelo.

—¡Hut! —gritaron las dos mujeres, asomándose a la puerta de la

cabaña.

El médico luchó desesperadamente contra el reptil-ave, pero uno de los picotazos le alcanzó el cráneo y se lo partió como si fuera una nuez. Entonces, quedó tendido.

Mia y Oriana contemplaron horrorizadas la muerte del doctor Devoir. Ellas, por su estado, no podían correr. La bestia, con algunas heridas en su cuerpo, se volvió hacia ellas graznando terriblemente.

Hut Zardall, alertado por los gritos, acudió corriendo y tomando una lanza de caña con astilla de hueso por punta, tomó impulso y arremetió contra la bestia, traspasándole el cuello de parte a parte.

El ave trastabilló, desplegó sus enormes alas y con el viento que produjo hizo caer a Hut, pero éste recogió el hacha del doctor Devoir y arremetió contra el monstruo, golpeándole con rabia hasta partirle la cabeza...

De este modo, el ave dejó de aletear y cayó abatida por el ataque certero y furioso de Zardall.

—Hut, Hut, el doctor ha muerto... —sollozó Oriana.

Empapado en sudor, el hombre observó al galeno. No había nada que hacer, la muerte había sido instantánea al serle partido el cráneo.

Oriana se acercó a él pesadamente y musitó:

—La fiera iba a devorarnos. El doctor podía haberse escondido para escapar a la muerte, pero ha preferido atacar al monstruo.

—Es una desgracia. Parece que nuestro sino es ir muriendo poco a poco, pero tenemos que conseguir que los hijos nazcan, es la única posibilidad para que seamos sacados de este maldito y podrido planeta.

—Me siento mal, muy mal —gimió Mia.

—Ayúdala a entrar en la cabaña, Oriana, Yo me ocuparé del cadáver del doctor.

—¿Qué vas a hacer con él?

—No puedo dejarlo al aire libre, se lo comería alguna bestia alada como esa. Tampoco tengo pala para cavar una tumba.

—¿Qué harás, entonces? Si lo arrojas al agua devorarán su cuerpo esos saurios que se llevaron a Cordiev.

—He capturado a uno de esos monstruos para obtener carne y piel dura con qué confeccionar vasijas. También tenemos a esa bestia alada, carne no nos faltará e incluso tenemos fuego para asarla.

—No hables de comida ahora, por favor, no puedo soportarlo —advirtió Mia Stevens, pálida como la cera.

—Llevaré el cadáver del doctor al pozo del fuego y lo deslizaré a su interior para que se reduzca a cenizas. Será como pedirle a su espíritu que conserve el fuego. Sé que es una tontería, pero lo haré de esta forma.

Tomó el cadáver con cuidado y respeto y se encaminó al pozo del fuego, del cual salía humo permanentemente.

Allí, en la profundidad, el fuego se conservaba. Hubiera ardido mucho mejor con un conducto de entrada de aire, pero no había modo de hacerlo y debían confiar en que la acumulación de cenizas no terminara formando una capa de separación entre el candente meteorito y los restos vegetales que le echaban encima.

Situó el cadáver del doctor Devoir junto al borde del pozo y mirando al cielo como esperando que alguien escuchara sus palabras, dijo como una oración:

—Fue un buen hombre, lo ha demostrado con el sacrificio de su vida por los demás, por la perpetuación de la especie. No quiso la guerra y fue un hombre pacífico. Dios, acógelo en tu seno y en cuanto a los miembros de la Federación de Galaxias, si me estáis escu- chando, tomad en cuenta estos sacrificios y evitad que nuestra raza desaparezca.

Embargado por una profunda emoción, dejó resbalar el cadáver hacia el interior del cráter. Después, escuchó el ruido sordo y profundo del cuerpo al caer sobre un montón de restos vegetales que se consumían lentamente debido al poco oxígeno que había en el

fondo.

Cuando de la profundidad del cráter emergió un olor distinto y Hut comprendió de qué se trataba, dio un adiós mental al médico con el que tantas aventuras había compartido a lo largo de aquellos azarosos meses controlados por reloj en aquel planeta tan hostil.

Dando media vuelta, decidió regresar a la cabaña. En adelante no podría separarse de las mujeres para que no sufrieran un nuevo ataque como el que había tenido lugar.

Al aproximarse a la choza, oyó unos llantos desconocidos, unos llantos que le embargaron de emoción, tanto que jamás hubiera supuesto que le sucediera tal cosa,

Se precipitó hacia la puerta y preguntó:

—¿Qué ha sido?

—Fuera de aquí. Ve y busca la forma de calentar agua para lavar —le exigió Oriana tajante.

Tomó los rudimentarios recipientes confeccionados por el doctor Devoir y tras llenarlos de agua, corrió hacia el cráter del que brotaba abundante calor.

Los situó de forma que dicho calor se aprovechara para calentar el agua. El olor de la incineración del cuerpo del médico no le molestaba ya.

Debido al intenso calor que producía el horno causado por el meteorito, el agua llegó a hervir. Aquello produjo cierta emoción a Hut; era la primera agua que veía hervir en aquel maldito planeta.

Era el triunfo de la tenacidad, el ingenio y la perseverancia del hombre terrícola. Regresó con agua hirviendo a la cabaña, dejándola en la puerta mientras escuchaba aquel llanto tan abundante y que le hizo fruncir el ceño.

Se sentó junto a la puerta, apoyando su espalda fatigada contra la pared de la choza. Miró el ave-reptil, muerta a poca distancia de donde estaba. Pensó que para la nueva madre sería desagradable verla y haciendo un esfuerzo físico, se levantó y fue hasta el cuerpo del animal, arrastrándolo para apartarlo de la vista.

Ya tendría tiempo para descuartizarlo y llevarlo al cráter para asar o cocer su carne puesto que el agua ya podía ser hervida, aunque las rústicas cazuelas debían de repararse, pues perdían agua y para ello contaba con la gruesa piel del hidrosaurio capturado.

Cuando regresó junto a la cabaña, en la entrada encontró a su esposa con dos criaturas en brazos. Miró su vientre y parpadeó perplejo;

—¿Dos?

—Si, yo todavía no soy madre, pero Mia ha tenido dos niñas.

—Diablos, con razón su cintura estaba muy desproporcionada. Ha puesto mucho interés en contribuir a la supervivencia de la especie humana.

—Son dos niñas muy hermosas, lástima que su padre no haya llegado a conocerlas.

—Bien, bien.

Miró de cerca a las criaturas, y toda la dureza y ferocidad que había mostrado antes luchando contra las fieras se trocó ahora en ternura.

—Si nosotros tenemos un niño, se lo va a pasar muy bien con dos gemelitas para él solo.

— Lo malo será que nosotros tengamos niña también —objetó Oriana sonriente.

—Todavía no me he muerto, hay tiempo para repetir, ¿no crees?

Ella se rió y él la besó suavemente, con amor dulce y calmado.

—¿Y cómo está la madre?

—Agotada pero bien.

—Magnifico.

—Ahora hay que cuidar bien a estas criaturas, son muy importantes.

—Ya lo creo. Voy a descuartizar a las bestias que tenemos capturadas y herviré y asaré carne para que podamos comer. Debéis de estar bien alimentadas.

—No te preocupes, nos alimentaremos, pero será mejor que no veamos de donde sacas las proteínas. Las mujeres, en nuestro estado, somos muy escrupulosas.

—Entiendo, entiendo.

Hut Zardall dio un vistazo a las criaturas y luego se alejó. Aquel mismo día había carne condimentada.

Algo más de ciento cincuenta horas más tarde, Oriana Mayevna sintió los dolores del parto y ayudada por Mia Stevens, dio a luz a un varón.

—¡Lo hemos conseguido, lo hemos conseguido...! —brincó Hut casi como un chiquillo. Las dos mujeres le miraron con sus respectivos hijos entre los brazos. Ambas, aún lamentando lo que había costado aquella procreación, pues notaban la pérdida de varios compañeros, en especial del padre de las dos niñas, se sentían satisfechas.

De pronto, sin previo aviso, comenzaron a ver como sus cuerpos se iluminaban, comenzando a desintegrarse lentamente. En principio, tuvieron un ligero miedo. Miraron hacia lo alto, como pretendiendo ver a través del techo formado con sombrillas de hongos.

Cuando volvieron a verse en forma corpórea, se hallaban dentro de la extraña nave que los había transportado a través de los espacios y el tiempo, rompiendo dimensiones y cruzando galaxias a velocidades jamás imaginadas por el hombre y que empequeñecían a la ya de por sí grandísima velocidad de la luz.

—Bien llegados de nuevo a bordo, terrícolas.

Escucharon perfectamente aquella voz que les llegó muy clara y miraron directamente hacia la piedra que variaba en su forma, constante aunque lentamente.

Aquel ser continuaba siendo el mismo, mientras que ellos habían cambiado ostensiblemente. Sus ropas eran verdaderos harapos; Hut Zardall estaba barbudo y los cabellos de las mujeres aparecían muy largos.

Las criaturas estaban quietas, apoyadas contra los senos maternos de donde extraían

la leche vital y el amor que precisaban para vivir en un mundo de amor y no de odio.

—Gracias por sacarnos del planeta podrido —dijo Hut.

—Habéis superado la prueba con creces. Otras especies sometidas a las mismas pruebas no lo han conseguido y han terminado por desaparecer, pereciendo en el olvido de la eternidad infinita.

—¿Se refiere a aquellos seres semejantes a nosotros, pero cuyas mandíbulas eran más grandes?

—Si. Ellos pertenecen a la Galaxia Iconomea.

—¿Iconomea...? No he oído hablar nunca de ella —repuso Hut Zardall, que estaba muy bien informado de los sistemas estelares.

—Son tantas cosas las que desconocéis debido a vuestra

pequeñez, a vuestra

insignificancia. Creer que sabéis más de lo que realmente alcanzáis a conocer es uno de vuestros principales pecados. Debéis ceñiros más y mejor el traje de la modestia, terrícolas. Fue un punto a vuestro favor el ayudar a aquel ser también inteligente, aunque terminara muriendo. Nosotros no podíamos intervenir. Ellos no supieron emparejarse olvidando odios y rencores, y reproducirse con amor como vosotros habéis hecho.

—Creíamos que sólo se salvaría nuestra descendencia —observó Oriana.

—Y así debía de ser. Pero he consultado vuestro caso especial debido a vuestra tenacidad, a vuestro afán de supervivir, a vuestra entrega hacia los demás, al espíritu de lucha, y se os ha liberado de la pena de morir en el planeta orgánico. Seréis regresados a la Tierra con vuestros hijos para que allí prosigáis la reproducción y población de vuestro mundo. Que sirva de ejemplo para que vuestros sucesores no caigan en los mismos errores que vuestros antecesores y lleven a la especie humana a la exterminación total y absoluta.

Vieron el reloj girando adelante y hacia atrás enloquecido y a través de la ventana, la lluvia de estrellas por entré las que se filtraban o llegaban a traspasar como un rayo...

Así, juntos, aguardaron hasta que comenzaran a desintegrarse de nuevo tras un larguísimo, casi infinito viaje, que les pareció muy corto.

Cuando se dieron cuenta, empezaban a desintegrarse, sin tiempo para dar las gracias al vigilante de la Federación de Galaxias que había salvado a la especie humana de su total exterminio.

Cuando volvieron a encontrarse corpóreos, los tres se miraron emocionados mientras los niños gateaban, revolcándose sobre una pradera junto a la que se deslizaban puras las aguas de un río.

El planeta estaba totalmente limpio de contaminaciones y no muy lejos de donde ellos estaban, unos cervatos los observaron con curiosidad.

Hut, Oriana y Mia se abrazaron a un tiempo, llorando de alegría.

La Humanidad tendría que comenzar de nuevo, pero no había sido exterminada.

F
I
N



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. **Silvia**

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.